

## II. La ruta de los héroes

### I

#### EL ESTALLIDO

*En ese día Amador Guerra dispara el primer  
tiro por la Independencia en Cayo Espino...*

Bartolomé Masó

Resulta innegable que, en el momento en que la nueva etapa de la guerra por la independencia se abrió paso con su voz terrible y su fuerza liberadora, el pueblo cubano se hallaba en muchas mejores condiciones para emprender la batalla que en 1868. Estaba consciente de la incompatibilidad de su economía con los intereses de la península, de la extorsión que significaba de hecho el ingreso casi forzoso de los productos que llegaban desde el país ibérico y que, graciosamente, tenía que pagar más caros que los de otros mercados, de la pobre recepción de sus productos en el mercado protegido peninsular, del hecho de que a los efectos arancelarios Cuba era tratada por la península como país extranjero. Además, sentía una aversión impenitente contra una administración colonial encanallecida; estaba harto de las exigencias de sobornos, del robo y la malversación de los atracadores del erario, cuyos resultados solo en las aduanas en el período entre 1878 y 1894 se cifraban en la monstruosa cantidad de 200 millones de pesos;<sup>1</sup> de un saqueo del fisco de tal magnitud, que de la renta líquida de Cuba, de unos 50 millones de pesos, nada menos que 30 millones se iban en tributos,<sup>2</sup> lo cual quería decir que debía pagar el doble de impuestos que un ciudadano español de la península, y de que todo esto sucediera mientras no se alentaba la inmigración en un país donde entre el 70 % y el 80 % de su superficie estaba sin labrar.

Una muestra fehaciente de la falta de sincronía entre los mercados cubano y español se volvían las cifras de 1894. En tanto España había enviado a Cuba 30,6 millones de dólares, esta solo había exportado a su metrópoli unos 8,4 millones, y mientras le compraba a Estados Unidos 32,9 millones de pesos, este adquiriría 93,4 millones en productos de la isla.<sup>3</sup> Esto no solo demostraba las incongruencias del comercio entre Cuba y España, sino también que Estados Unidos iba ya superando a la misma metrópoli, incluso, en las exportaciones a la Gran Antilla. Por demás, a causa de la crisis económica mundial comenzada en 1893, los precios del azúcar estaban sumamente deprimidos y el país no andaba nada boyante.

Otra demostración palmaria, en el plano económico, de las causas que motivaban el agravio consistía, según datos de la época, en que, entre 1878 y 1894, de 568 millones de pesos que le habían estrujado para cancelar el acápite de gastos del presupuesto, nada menos que 218 millones se habían destinado a los pagos del ejército y la marina. Además, la deuda contraída a cuenta del tesoro de Cuba montaba en 185 millones de pesos (unos 115 por habitante).<sup>4</sup> Es decir, tanto por los pagos a las fuerzas armadas dislocadas en su territorio como por la cancelación de la deuda, esas "cargas de la nación" pesaban enteramente sobre la isla. Caso típico de las relaciones coloniales. ¿Tenía o no razón aquel diputado español en Cortes que se preguntó si las colonias no eran para explotarlas? Por añadidura, como resultado de la crisis económica mundial, en Cuba había hambre. Eso lo diría en agosto *La Lucha*, y *El País*, alarmado, señalaba que en Placetas había desempleo. Poco después, el *Boletín Comercial de La Habana* señalaba que la situación del campo se volvía terrible por la falta de dinero.<sup>5</sup>

Los cubanos apuntarían todo esto como causas de la guerra; mas, no serían los únicos en hacerlo. Con sinceridad, a poco del estallido revolucionario, los republicanos españoles lo repitieron en su prensa. En un artículo de *La Justicia*, dirían: "Buscaba la metrópoli el medio de obtener a todo trance ventajas comerciales arancelarias a costa de la isla; mantenía un sistema administrativo que permitía el fraude y enriquecía a cientos de estafadores a costa del país explotado (...) y España era mirada, no como lo que es, como una nación madre y generosa, sino como una red de tigres, ansiosos de dominación y de riquezas a costa del sudor y de la sangre cubana".<sup>6</sup>

Por su parte, la Liga Agraria, organización de los cerealeros de Castilla, criticaba en su órgano de prensa las esquilmaciones de las leyes de cabotaje, las cuales gravaban duramente las importaciones que hacía Cuba de artículos de primera necesidad, mientras se dejaban entrar prácticamente libres los suntuarios o cuasi suntuarios. También denunciaba la reexportación que hacía España de artículos fraudulentamente "nacionalizados" en la península.<sup>7</sup>

De otra parte, al cubano le escandalizaba la negación de los recursos para la mejora de sus condiciones de vida, la falta de escuelas, la situación lastimosa de los maestros a quienes se les debían meses y meses, las pésimas condiciones sanitarias, la falta de caminos y el desdén por la creación de otras obras de infraestructura. Al mismo tiempo, cuestión primordial, le resultaba odiosa e insoportable la represión en su contra en su propia tierra, la falta de libertades, los gobernadores militares, los abusos de la guardia civil y la policía, la opresión que sentía casi sobre cada acto suyo, la preterición en su patria a la hora de ocupar cargos públicos, mientras tenía que pagar no solo los 50 000 pesos oro que percibían anualmente los capitanes generales de la isla o los más de 96 000 de los ministros de Ultramar, sino también la nómina de toda la piara de funcionarios hambrientos que enviaba la península.<sup>8</sup> No sin acierto Antonio Maura señalaría que Cuba era gobernada a través de un cacicato de peninsulares que viajaba a la isla para enriquecerse y repatriarse.

También se quejaba el cubano de que, dadas las restricciones al voto, muy pocos estaban posibilitados de ser electores en los comicios a los diversos cargos en municipios, provincias y a Cortes. Cómo resultaba posible que se le dijera que era tan ciudadano español, como el de la península, y allá regía el voto universal y en la isla se era elector si se alcanzaba determinada cifra en el censo de contribuyentes. ¿Resultaba o no Cuba una colonia, aunque, mero eufemismo, la llamaran provincia española? Todas las calamidades enumeradas y otras más pesaban sobre el cubano y no tenía esperanza alguna de que variara aquella situación sórdida. Los desengaños producidos a raíz de la terminación de la guerra del 68, y hasta ese momento, eclipsaban toda la fe en el logro de la remoción de los obstáculos que entraban su existencia si no era por vía de las armas.

Junto a todo esto, el pueblo cubano iba tomando conciencia de sí, porque la revolución de antaño le había dado el cemento con que fraguar la nación. Esa lucha le había dado orgullo y sentido de una historia propia. Además, le había probado que podía sostenerse en guerra contra un adversario muy poderoso, si fuera necesario, durante mucho tiempo. En su evolución, el cubano también había creado una psicología diferente a la del peninsular. Sus sentimientos y emociones tenían un sello particular y su visión ecuménica estaba conformada por rasgos que lo diferenciaban y caracterizaban en su singularidad. Añadidamente, sus sentimientos de pertenencia a un grupo humano radicado en una tierra dada y su aspiración a dirigirse por sí mismos, habían tomado carta de naturaleza entre sus integrantes. Su cultura, hija de transculturaciones, mixtura esencialmente de la española y africana, hacía mucho tiempo había ganado perfiles que la distinguían de sus progenitoras y estaba enraizada. Por los factores materiales ya apuntados y estos de carácter espiritual, Cuba tenía todos los rasgos de una nación y había forjado una nacionalidad, y esa nación ya gestada estaba dominada por otra, mediante mecanismos de Estado; pero aquella no estaba dispuesta a soportar señoríos durante más tiempo. Y si una trataba de mantener el régimen colonial a que había hecho derivar su dominio, la otra se lanzaba a eliminarlo de su suelo para completar los atributos de un Estado que le pertenecería. El antagonismo, definitivo e irreversible, tenía que solucionarse. Con su dibujo de la situación, José Martí había conducido años atrás a Cristino Martos a precisarlo lúcidamente en aquella frase de "O ustedes, o nosotros".

Si algo resulta posible afirmar, con toda certidumbre, es que, como la revolución del 68, no porque unos pocos miles de criollos se unieran al bando español, o al pie de 2 000 hijos de los pueblos de España lo hicieran del lado cubano<sup>9</sup> o porque hubiese un cariño de fondo entre unos y otros, la estallada se trataba de una guerra civil. No consistía en una pugna entre grupos de poder o clases de una misma nación, que resolvían por las armas cuentas irreconciliables, sino dos naciones frente a frente.

Cánovas del Castillo, quien a poco del estallido de la insurrección retornaría al poder, emplearía el argumento de la guerra civil para esconder ante la opinión pública los intereses de quienes detentaban los poderes económicos y políticos de la península y la isla, los cuales devenían los

grandes impulsores de la guerra. Para ese ocultamiento, para enturbiar los motivos, nada mejor que una retórica patrioter. No por gusto la voz de Miguel de Unamuno se levantaría contra la contienda, para decir que "los gastos de la guerra recaen sobre todos los ciudadanos: los provechos, sobre los dueños del capital". Mas, dijera Cánovas lo que dijera, no solo por las relaciones de dominio sino por el mismo hecho de que los componentes del pueblo cubano solo en parte fueran de origen español ya aleja la posibilidad de hablar de guerra civil. La contienda en marcha se trataba, en realidad, de la expresión armada de una revolución anticolonialista.

Si se hubiese tratado de una guerra civil, aquella conflagración perdería legitimidad. Como entonces no se debería al enfrentamiento de naciones y tampoco lo sería de clases sociales, todo se concretaría a la aspiración de un grupo o facción a ganar por las armas la supremacía sobre otro. No devendría el resultado de una demanda intrínseca dimanante de las necesidades propias de la evolución de la nación cubana. Desde ese punto de vista, aparecería que, para tales fines, se les imponía a los pueblos de uno y otro lado del océano un precio trágico, el cual haría pensar quién sabe en qué ambiciones desmedidas y vendría a demeritar el independentismo. Incluso a partir de esto habría que darle la razón al manso e incruento reformismo, que pretendía tapar las cuitas con remiendos sin salirse de abajo del palio de la soberanía española. Una sola es la verdad: se trataba de una revolución de liberación nacional, que buscaba por vía de las armas fracturar el cascarón colonial, el molde a que estaba sometido un pueblo que quería tener personalidad propia ante el mundo, para manejar sus destinos según lo entendía y, con el cambio de contexto, establecer transformaciones en su desenvolvimiento. Se sentía con derecho a ostentar su soberanía, y como no se le permitía alcanzarla de otra forma acudía a las armas.

Algunas cifras del censo de población de 1887 permiten ilustrar con más amplitud la situación de la isla en aquellos instantes, y observar precisamente algunos de los aspectos injuriantes de orden social ya apuntados, sin dudas caldo de cultivo de la lucha, y algunos adicionales.<sup>10</sup> En aquel entonces, los habitantes sumaban, en total, algo más de 1,6 millones, aunque ya las estimaciones han establecido que en 1895 el monto frisaba 1,8 millones. De todas formas, pelearía con un país de cerca de 18 millones de habitantes. También, según la encuesta, los blancos eran alrededor de 1,1

millones y los negros, mulatos y asiáticos superaban los 528 000. El censo clasificaba a cubanos y peninsulares como españoles, y dentro de esto los cálculos establecen que los peninsulares, en relación con la cifra total, podían llegar a unos 223 000.<sup>11</sup> La cifra de habitantes por kilómetro cuadrado arroja elementos interesantes en cuanto al escenario donde se llevaría adelante la lucha. Mientras en la provincia de Camagüey el número era de 2; en Santiago de Cuba, de 7,8, y en Las Villas, de 15,3. En el antiguo occidente se comportaba de la siguiente forma: La Habana, 52,4; Matanzas, 29,4, y Pinar del Río, 15,1. En relación con la instrucción, las cifras se volvían alucinantes: a esas alturas, solo el 26 % de la población estaba alfabetizado, pero si entre los blancos este porcentaje llegaba al 33 %, entre los no blancos alcanzaba únicamente el 10,7 %. En provincias, como Pinar del Río, el analfabetismo entre los no blancos se cifraba en el 97 %. No podía ser de otra forma en un país donde, según el censo, el número de escuelas públicas era de solo 770, lo que significaba que, respecto de 1880, su número había disminuido en 37, y puede agregarse que en 1895, de la tributación general del país a la instrucción pública solo se destinaba el 2,5 % del presupuesto. Como resultado de todo esto puede apuntarse que, en este último año, menos del 4 % de la población estaba escolarizada.<sup>12</sup>

Como se ve, en especial, a negros y mulatos y, entre estos, a los ex esclavos, les resultaba intolerable la desigualdad que se mantenía en los hechos, a pesar de las medidas dictadas tendentes a reconocerles sus derechos. La memoria histórica les señalaba que la falta de equidad era hija legítima de la colonia y pensaban que solo la independencia transformaría su situación. Mas, no eran los sentimientos los que únicamente los conducían a esta actitud. La falta de oportunidades para un desarrollo humano se mostraba tan sólido y evidente como una montaña. Para ellos era todo lo peor: los salarios miserables, el trabajo más rudo, el desempleo aterrador, la ignorancia absoluta, la expectativa de vida más corta, la covacha más inmundada. La sordidez de la vida a que eran sometidos mordía su carne y su espíritu. Por eso, todos los intentos que hizo la colonia por atraer a las masas de negros y mulatos, de dividir a los cubanos, de azuzar la animadversión de los negros contra los blancos -a la vez que, entre estos últimos, seguía alentando el espantajo de la guerra de razas- resultaron, en su esencia, estériles.

Es una verdadera pena que algunos historiadores españoles modernos hayan tratado de justificar la situación perversa en que se hallaba la isla, con el argumento, cuando menos ingenuo, de que el sistema colonial español no era peor que los demás y las críticas que sobrevendrían en el 98 resultaron exageradas e injustas. Si fuese cierto que la colonia española no era peor que las demás, solo cabría entonces pedir que todas hubieran desaparecido de inmediato.

En relación con la composición social de los hombres que encabezaban esta vez la revolución, había diferencias entre ellos y quienes en 1868 habían originado la rebelión contra España. Los jefes de ahora no eran aquellos patricios de antaño, sino esencialmente hombres que no se distinguían por las grandes riquezas: provenían más bien de los propietarios de pequeñas y regulares heredades rurales o pertenecían a capas medias urbanas. Por eso no sería difícil encontrar en la conducción del proceso médicos, abogados, ingenieros, maestros y periodistas; hombres que, en general, contaban con poco o ningún patrimonio. Con extrema rareza, a las filas de los encabezadores se añadiría algún propietario importante. A pesar de las enormes contradicciones con la metrópoli, definitivamente los hacendados, los terratenientes, no estaban dispuestos a ir a un enfrentamiento con ella. Esta vez no habría hombres de la estatura moral y política de aquellos grupos de Oriente y Camagüey, que en la contienda prolongada le habían plantado cara a España. Era como si se hubiese quemado todo el combustible revolucionario que animó a los sectores de aquella clase que insurgieron para siempre en Demajagua o Las Clavellinas, y sus pares de ahora se dispusiesen a estar ajenos a la lucha o, incluso, del lado malo del conflicto. Únicamente, un sector de esta burguesía cambiaría su actitud, cuando adentrada la contienda, para evitar la tea incendiaria o en los momentos en que vieron que la revolución vencía, se dispusieron, sin dejar por entero a un lado sus convicciones reformistas o incluso anexionistas, a entregar fondos a la guerra o colaboraron en el exterior con la delegación revolucionaria cubana.

Detrás de los líderes revolucionarios marcharían, de nuevo, blancos y negros, y un fuerte contingente de chinos, los peones del campo y sitieros de escasos recursos, colonos minúsculos, parceleros, realenguistas y precaristas, y hombres sencillamente sin tierra, en un país, donde todavía la había inculta y en cierta cantidad mostrenca; al extremo de que en 1899 una cifra, evidentemente

muy conservadora, la hacía llegar a no menos de 37 000 caballerías<sup>13</sup> y, desde luego, la colonia no otorgaba tierras. Esta masa, el grueso absoluto de los combatientes, estaba insatisfecha con su situación y ansiaba acabar con la fuente de sus cuitas: la odiosa colonia. Con la independencia se colmaría la aspiración de unos de obtener tierra propia o la de otros de que desapareciera la explotación que de forma diversa, según los tipos de cultivos, se ejercía en su contra. Esto último porque el régimen establecido permitía la más violenta explotación de los hacendados sobre los colonos, de los comerciantes intermediarios sobre los cosecheros -en ambos casos, muchos de los primeros españoles y cubanos casi la totalidad de los segundos-, y a esto se añadían los impuestos abusivos del Estado, que les cortaba el resuello con sus esquilmaciones. De esa manera, los campesinos percibían de una forma u otra que sus agravios los generaba el Estado español, que ante él lo encarnaban los peninsulares. Por esto, estaban dispuestos a asociarse a un proyecto revolucionario anticolonialista. En aquella contienda, los jornaleros, fuente abundante de las filas mambisas, aún más si eran negros, que mucho conocían ya el tiempo muerto de los ingenios, podían esperar todo de la revolución estallada.

De zonas urbanas también llegarían desempleados a la insurgencia. Destacadamente, no pocos estudiantes -sobre todo de la universidad-, ceñirían el machete a la cintura y se cubrirían con el sombrero de yarey. Del exterior, en respaldo de las fuerzas patrióticas, arribarían tabaqueros expedicionarios que se integrarían como soldados a la hueste insurrecta. Provenirían de aquella masa de conciencia sin fisuras enclavada en Cayo Hueso, Tampa o Nueva York. En cuanto a los obreros cubanos de las manufacturas de la isla, si bien sus simpatías estarían de manera mayoritaria del lado de la independencia, su incorporación a la manigua no se produciría densamente; aunque, en las poblaciones, habría que contar con que nutrirían el numeroso desfile de los laborantes. Hubo entre los proletarios, quienes se mantuvieron al margen de los acontecimientos; influiría sobre ellos el papel del apoliticismo neutralizador de las ideas ácratas o la adscripción a la reformista Sociedad General de Trabajadores, que hallaría expresión política en el autonomismo. Sin embargo, dirigentes anarquistas, como Enrique Crecci, caerían luchando en los campos de batalla de Cuba libre. También a la manigua arribarían artesanos y minúsculos comerciantes cubanos. Resultaba un mosaico que revelaba las fuerzas populares de la nación.

En relación con las agrupaciones políticas actuantes cuando estalló el conflicto, había que dar por descontado que los integrantes de Unión Constitucional se colocarían de forma intransigente del lado de la metrópoli. Ahora bien, ¿qué harían los autonomistas, quienes, con la prédica a favor de su causa y sin desearlo, habían puesto las entrañas más sucias de la colonia al descubierto? ¿Se decidirían, como cubanos, a volverse hacia el independentismo o se plegarían a la servidumbre? ¿Serían patriotas o austricantes? ¿Echarían, por fin, a un lado su utopía, irrealizable, porque los intereses creados jamás le darían paso a su propuesta y se entregarían a la única causa que tenía realidad, la de Martí, ese soñador inconmensurablemente más objetivo y realista que ellos? También cabría preguntarse qué harían los autotitulados reformistas, tan dispuestos a adscribir la anexión, como había parecido a lo largo de los últimos años, con tal de eliminar los dogales que ataban sus intereses. En la coyuntura, una vez desatada la guerra, ¿se pondrían a favor de una causa cuyos resultados los podría beneficiar o decidirían no hacer armas contra los mambises? ¿Podría el miedo sin fundamentos a perderlo todo al llegar la independencia, hacerlos permanecer apegados a la colonia, que también a ellos ahogaba? ¿Recordarían que el vínculo colonial no solo creaba dificultades con las exportaciones a Estados Unidos, sino a las relaciones con cualquier otra economía, porque si se firmaban tratados con las repúblicas del Río de la Plata, que exportaban tasajo a la isla, la contrapartida resultaban los vinos españoles y no el tabaco cubano, mientras a la vez el mercado ibérico, como si fueran todavía los tiempos del mercantilismo, permanecía cerrado para el azúcar y tabaco torcido y en rama de la isla? Cabe recordar al respecto que, en los días del alzamiento, importantes firmas comerciales de La Habana elaborarían una exposición dirigida a los diputados que representaban a Cuba en las Cortes, con la solicitud de la derogación de las leyes de cabotaje.<sup>14</sup>

Si había dudas en relación con las posiciones que adoptarían estas fuerzas, a partir de los intereses económicos que se movían en su entorno, resulta posible, por el contrario, establecer con precisión algunos de los sectores que, aferrados a sus beneficios, serían feroces enemigos de la insurrección: los financieros que le prestaban al Estado, los comerciantes que sacaban partido de las importaciones protegidas, los abastecedores de los institutos armados, la jauría de empleados malversadores y

envueltos en la prevaricación y, como es lógico, las capillas de generales y políticos, que a la sombra de tamaños beneficios obtenían su cuota de cohecho. En general, un clero poco instruído y tan fanatizable como un voluntario habanero, conformado casi en su totalidad por peninsulares, adheriría la causa colonialista y pediría a las tropas que trajeran muchas orejas de mambises, y solo algunos abnegados sacerdotes cubanos y, por notable excepción, un par de españoles, se unirían a la causa insurrecta. Por otra parte, como la clase obrera estaba formada, en buena medida, por trabajadores españoles, hay que contar que en su inmensa mayoría vestirían el rayadillo de los voluntarios. Por igual lo harían los labradores españoles, en muchos casos canarios, quienes a causa del tipo de cultivos que emprendían se concentraban en algunas regiones; sobre todo, en Pinar del Río y el norte de Oriente.

A esas fuerzas endógenas, favorables al dominio de España sobre Cuba, se le unían en la metrópoli en la defensa del partido de la intransigencia y la guerra los detentadores de los intereses del grupo Comillas, como Trasatlántica Española, el Banco Hispano Colonial y el de Castilla, otros grandes accionistas de estos entes financieros que detentaban la deuda de Cuba, los industriales catalanes y vascos, y los harineros castellanos y cántabros, que no podían permitir se les fuera de las manos el comercio privilegiado con la isla. Por igual, estarían los políticos, como Romero Robledo, de quienes ya se conocen sus vínculos con Cuba. En el caso particular del personaje apuntado, no debe olvidarse que, además de sus ingenios, era accionista de Trasatlántica Española; es decir, estaba ligado al grupo Comillas. Para colmo, José Cánovas del Castillo, el hermano del jefe conservador, continuaba en contubernio con Manuel Calvo y la sucesión de Zulueta. También propulsaría la lucha una prensa, que respondía en no poca medida a los intereses detallados, dispuesta a dejarse desollar mientras vociferaba que España se jugaba el honor en la guerra de Cuba. Este conjunto de fuerzas y clanes haría derramar mares de sangre y lágrimas a los pueblos cubano y español. Por supuesto, en la porfía entablada en la isla antillana no participarían los hijos de las familias con medios económicos, porque el caduco sistema de quintas imperantes permitía la llamada "redención a metálico"; es decir, pagar quien podía 1 500 pesetas para condonar la obligación de prestar servicios armados (2 000 si se trataba de hacerlo en Ultramar) y lograr que en su lugar marchase a Cuba algún pobre campesino andaluz o un pescador gallego, el hijo de un cochero de Madrid o un obrero textil

de Barcelona. Para no eliminar el sistema, se argumentaba que no podía abolirse porque constituía uno de los medios de financiar gastos militares. Sobre el sistema, bien diría Blasco Ibáñez que era la variante de la esclavitud para pobres parias que carecían de fortuna.<sup>15</sup>

Lo único que podría obtener en la guerra ese españolito enviado a ella era un pasaje gratis en los buques de Comillas -apiñado en el cual posiblemente sus condiciones higiénicas lo harían constituirse en baja antes de desembarcar-, un uniforme y un fusil, para caer en todo caso en la manigua cubana víctima primordialmente no del machete revolucionario o del mosquito insurgente, sino en realidad de quienes lo enviaban. Cuánta pena da ese soldado español al que se engañaba con la palabrería patrioter de que lucharía por una unidad nacional falsificada, en realidad para mantener sometida una colonia rentable para unos cuantos, que luchó valerosamente, en ocasiones más allá del deber, a veces hambriento, enfermo, con los pies desnudos, sin paga, para defender intereses que no eran suyos. Junto a la admiración por su valor, todavía produce pena recordar al heroico Eloy Gonzalo, *Casorro*, aquel soldado español que murió en combate en los campos de Cuba al acometer una acción suicida.

*El Socialista*, el diario de Pablo Iglesias, poco después de iniciada la contienda, le diría a la burguesía española que no hablase de patria, para traducirlo en el envío de soldados a Cuba, porque esa patria, la de sus intereses, le tocaba a ella misma y a nadie más ir a defenderla. Los desposeídos, los pobres, no tenían patria, y constituía una injusticia hacerles pelear por lo que no era suyo.<sup>16</sup>

A pesar del estallido de la contienda, no se modificaría el plan político para el gobierno de la colonia. El Partido Unión Constitucional, pese a ser una sombra, seguiría manejando la cosa pública. Unos datos lo demuestran. Gracias a la manipulación del censo electoral, solo en la provincia de La Habana, de 37 ayuntamientos los integristas dominarían ese año en 31 y en el consistorio de la capital, de 32 concejales únicamente se sentarían dos o tres cubanos.<sup>17</sup>

No le faltaría razón a *El País*, de La Habana, sobre la miopía interesada del gobierno español en las cuestiones insulares, cuando en septiembre, entre lamentos, señaló en un editorial: "En la conciencia pública está, como verdad indiscutible, que durante los diez y siete años transcurridos desde el

Zanjón a la fecha, los gabinetes de Madrid han hecho muy poco por consolidar la paz (...) los constitucionales no han procurado más que conservar a todo trance su influencia y su predominio en las esferas oficiales (...) en esos años de paz, los más propicios que ha habido en Cuba para labrar su bien y preparar su porvenir, sólo han pensado los gobiernos y sus auxiliares, en quitar fuerza, restar prestigio y negar autoridad al Partido Autonomista, que era, sin embargo, la mayor garantía del orden y de la paz pública".<sup>18</sup>

Al estallar la guerra, según el gobernador Emilio Calleja e Isasi, las fuerzas militares destacadas en Cuba que se enfrentarían a los mambises se encuadraban en 16 batallones de 600 plazas y contaban adicionalmente con 3 200 reclutas.<sup>19</sup> En total, en los números, unos 12 800 soldados de línea. Por su parte, Enrique Collazo dice que, con el cuerpo de policía y la guardia civil, las fuerzas acumulaban unos 20 000 hombres.<sup>20</sup> Hay que añadir que, a poco, los voluntarios, fuerza formada en su inmensa mayoría por trabajadores españoles del área urbana, montarían unos 60 000. A esta agrupación se sumarían los guerrilleros, una parte peninsulares y canarios, y otra cubanos blancos y negros al servicio de España, quienes ganaban un peso al día del cual le descontaban la comida y, al decir de Martí, serían reclutados entre la hez de los caseríos, delincuentes y vagos. En realidad, constituían el resultado de un parasitismo social creado por la falta de medios de vida, tanto en el campo como en los poblados. Como en la guerra anterior, no pocos serían sus desmanes y los patriotas sentirían por ellos el odio profundo que distaron de tenerle al soldado español. En el caso de los criollos, al considerárseles traidores, a diferencia del trato respetuoso que recibiría el soldado regular, los mambises no vacilarían, en cuanto supieran de su presencia, en perseguirlos para darles "una macheteada" o fusilar a Caín, tan pronto dictase el fallo un consejo de guerra sumarísimo o diera la orden un jefe menos apegado a las formalidades.

Como fuerzas navales, las autoridades disponían de 13 cañoneras, que no constituían precisamente la crema de la armada española.<sup>21</sup> Calleja confesaría, más tarde, que el ministro de Guerra le había dicho que pidiera lo que necesitase para la campaña, y él había respondido que todo, porque no tenía nada.<sup>22</sup> Lástima que el plan de Fernandina fuese traicionado y Estados Unidos le hiciera tan gran

favor al régimen colonial. Quizás entonces, la historia hubiese cambiado.

En cuanto al escenario donde se desenvolvería la guerra, lo describió un folleto español de 1895, escrito momentos antes de estallar la lucha, *Reconocimiento Topográfico Militar de la Isla de Cuba*, del capitán Manuel Peñuelas Vázquez. Su autor señalaba que el terreno interior del país se veía interrumpido por grandes manchas de monte firme, como decía le llamaban en Cuba al bosque. Las sabanas estaban cubiertas de una vegetación herbacea que podía muy bien ocultar a un hombre sobre su cabalgadura. La manigua estaba formada por maleza espesa y arbustos, matorrales y plantas trepadoras. El monte firme, que alcanzaba leguas y leguas, resultaba el terreno más importante en el orden estratégico para la guerra de guerrillas. Sobre la necesidad de su exacto conocimiento, apuntaba: "¡Ay de aquel que desconociendo esto se arriesgue por ellos, queriendo atravesarlos sin práctico y sin guía; su perdición es segura, viniendo al momento la desorientación, la fatiga, el cansancio y el desaliento". También alertaba que los bosques se volvían tan tupidos que no entraba ni un rayo de luz y en su interior el ambiente resultaba caluroso y sofocante. Para abrirse paso se hacía necesario abrir trochas con el machete.

También señalaba que había grandes extensiones de cañaverales que servían de barreras naturales y si se quemaban se convertían en obstáculos importantes, porque resultaba difícil sofocar el fuego y acreditaba que podía provocar la asfixia o el *pasmo* debido a un enfriamiento repentino. Añadía que, si bien la quema de cañaverales causaba grandes pérdidas, a veces las operaciones defensivas u ofensivas lo imponían.

En cuanto a los caminos, el militar español los clasificaba en carreteros, de herradura y senderos, y, según él todos eran infernales. Entre mayo y agosto o septiembre, la temporada de lluvias, se volvían intransitables. De carreteras no quería hablar porque, las pocas que había, estaban en el más completo abandono. Las condiciones del terreno en el posible teatro de operaciones eran tales que, en cuanto caían cuatro gotas de lluvia, se hacía cenagoso y en él quedaban clavados hombres, carros y caballos.

A la par anotaba que en el área rural había potreros para la cría de ganado, en cuyo interior estaba la casa de vivienda; estancias, que también eran fincas para la crianza de ganado o aves de corral; sitios, con bohíos aislados de campesinos que labraban algún terreno propio o ajeno, y ranchos, de menor valor que aquellos. Sitierías y rancherías constituían agrupaciones de bohíos que no llegaban a ser poblados. Aseguraba, por igual, que en los ingenios había talleres de herrerería y carretería, enfermería con pequeñas farmacias y un buen número de casas. En los edificios del ingenio podían alojarse fuerzas de caballería e infantería. En sus estancias se cultivaban yuca, boniato y ñame, y se criaban aves de corral, cerdos y corderos. En sus tanques había agua y en sus alrededores la leña no escaseaba. Por su ubicación, los ingenios, siempre que se les fortificara, podían servir de centros de operaciones. Los recorrían ferrocarriles, y algunos se enlazaban con las líneas férreas generales. No resultaba raro encontrar en ellos teléfonos y, de esa forma, se comunicaban con las poblaciones próximas y las estaciones del ferrocarril.

Agregaba que, en términos de defensa, durante la guerra, había que evitar establecer destacamentos en los puntos más avanzados de las costas y siempre habría que desechar los que no tuvieran una fácil y pronta comunicación por tierra firme o mar con los puntos de apoyo y huir de los cubiertos de bosques, porque, además de ser inútiles, estarían en las proximidades de manglares y ciénagas y la constante humedad del suelo resultaba foco de fiebres palúdicas. Sentenciaba que en las guerras de Cuba convenía, como en ninguna, conservar la disciplina, economizar las municiones y que la acción individual tuviese, sin echar a un lado la ayuda mutua entre los soldados, cierta libertad e independencia. Aconsejaba que el traje de campaña de las tropas fuese ligero, el calzado de becerro con suela como el utilizado en las alpargaras, sombrero de jipijapa o yarey, macuto de tela impermeable, capote de monte y machete bien afilado que sirviera, a la vez, de bayoneta.

El capitán terminaba con esta afirmación: "Los hijos del país son dóciles, cariñosos y sumisos, de viva imaginación y clara inteligencia, apasionados por el baile, la música y la poesía, aficionados á instruirse, y amantes como nadie de la libertad. Con cariño y dulzura, con buenos razonamientos, con buenos ejemplos en los actos todos de la vida, y con un poco de energía se les gobierna fácilmente". Quizás, en el momento en que el oficial español le puso punto final a su obrita, la

desflagración de las armas anunciaba ya la nueva contienda, que esos dóciles cubanos, tan amantes de la libertad, emprendían.

### **Masó: el hombre crucial**

Desde principios de año, los augurios de que algo iba a suceder en la isla se mostraban en la acentuación de la estrecha vigilancia a que las autoridades españolas tenían sometidos a los cubanos que se movían en Haití y Jamaica y el alerta a los mandos militares sobre la posibilidad del arribo de alijos con armas, a las costas cubanas. El 18 de febrero el comandante militar de Guantánamo telegrafiaba a sus jefes y les señalaba la conveniencia de "examinar" un barco haitiano, visto frente a la playa de La Mula<sup>23</sup> y, ese mismo día, el propio capitán general Calleja pasaba un telegrama circular a las provincias en el que exhortaba a establecer "muchísima vigilancia" ante la sospecha de que la goleta *Meteor*, que se decía viajaba entre Mobila y Nicaragua, estuviese en realidad tratando de desembarcar un alijo de armas en Cuba.<sup>24</sup> La inquietud se aprecia en que, solo al día siguiente, era el comandante de Manzanillo quien informaba de la presencia de dos vapores "sospechosos" frente a Ojo del Toro.<sup>25</sup>

También, la inquietud se ponía de manifiesto en las comunicaciones que transmitían el temor de posibles alzamientos y en los anuncios que en tal sentido se hacían. El 5 de enero el general oriundo de Cuba, Jorge Garrich, comandante militar de Holguín y Las Tunas, recibía una carta confidencial en que le decían: "Sigue el embullo con más fuerza. Según las cartas que acabo de leer, el movimiento se prepara para Marzo, y de ello estoy bien empapado y cada vez cuentan mejor conmigo".<sup>26</sup> Por su parte, a principios de febrero, Manuel García, en una entrevista para *La Discusión*, anunció que la guerra estallaría antes de un mes.<sup>27</sup>

También, otros jefes militares españoles enviaban noticias intranquilizadoras. El 14 de febrero, en un telegrama, el general Agustín Luque, gobernador militar de Las Villas, le confiaba al capitán general, Calleja, que el jefe de la guardia civil de Cienfuegos le había informado que el 15 o el 16 se

intentaría alterar el orden por las zonas de Camarones y Ciego Montero y que el comandante de Colón le señalaba que el movimiento tendría lugar en Aguada de Pasajeros.<sup>28</sup> Otro telegrama más, del coronel subinspector del 18º Tercio, de Santa Clara, le decía que el levantamiento de carácter independentista tendría lugar de Camarones a Ojo de Agua y Mal Tiempo.<sup>29</sup> Sin embargo, el 15, el general Luque aseguraba que eran totalmente falsas estas noticias.<sup>30</sup> Pero el día 21, el general Lachambre, gobernador militar de Santiago de Cuba, le comunicaba al capitán general: "Separatistas muévense en toda la provincia y es seguro alzamiento. Costas Gibara, según aviso general Garrich, se han encontrado alijo caja armas. Estamos preparados, pero imposibilitados de obrar, por garantías vigentes". Y dos días después le comunicaba en un telegrama al capitán general: "En vista de los pocos recursos Alcaldes Municipales y de la gravedad que supone reviste el movimiento si se iniciase, suplica el Gobernador Civil que desde luego, las autoridades militares auxiliadas por las civiles tomen la iniciativa necesaria para contenerlo".<sup>31</sup> Entretanto, con exactitud, el comandante militar de Manzanillo transmitía el 21 la confidencia recibida por el teniente jefe del distrito de Campechuela, desde Calicito, de que se trabajaba para un alzamiento el 24,<sup>32</sup> y el 23 el comandante jefe de Guantánamo informaba que esa noche y al día siguiente habría baile "en casa de Periquito Pérez", en Playa del Este y Palma, y de allí se saldría para la manigua.<sup>33</sup> No obstante, ese día, el general Garrich le telegrafiaba al jefe del estado mayor: "Creo no ocurrirá nada, solo se nota intranquilidad".<sup>34</sup> Estaba demasiado confiado, y esa intranquilidad que percibía debió haberle confirmado que estaban en vísperas del estallido de la revolución. Si se va a ver, mucho más cercano a la verdad estaba el presidente del comité del Partido Autonomista en Guantánamo, que la mañana del día 24 se presentó ante el comandante militar de la plaza para protestar de que su agrupación política no tenía nada que ver con los sucesos revolucionarios que todos los indicios indicaban próximos a ocurrir y proclamó que, por el contrario, condenaban toda revuelta.<sup>35</sup>

A pesar de los preparativos, el levantamiento no se produjo bajo los augurios más favorables para la nueva causa mambisa y estuvo a punto de terminar en desastre. Aquel 24, domingo de carnaval, solo en Oriente y Matanzas se desarrollarían acciones armadas. Desde el 22, previsoramente, muchos revolucionarios habían salido a ocupar sus puestos. Ese día, el general Bartolomé Masó Márquez recibió un telegrama que decía: "Diga director Liberal publique el domingo 24 artículo

recomendado", y lo firmaba "Martínez".<sup>36</sup> Masó había pedido el aplazamiento de la insurrección para marzo, pero al recibir este telegrama, que en realidad enviaba Juan Gualberto Gómez, a pesar de que lo creyó confuso lo interpretó como una confirmación de la fecha del pronunciamiento. Por eso, abandonó Manzanillo y desde su finca La Jagüita ordenó a diferentes fuerzas bajo su mando movilizarse por Calicito, Yara y Bayate, y el 24, al grito de independencia, recoger las armas que pudieran. Entretanto, comunicó a otros conspiradores que actuaban bajo su dirección que debían lanzarse a la lucha. Como resultado, de Manzanillo salió el catalán José Miró Argenter, a rebelarse en la jurisdicción de Holguín junto a los hermanos Sartorio, que allí levantarían la bandera. Por su parte, el general Guillermo Moncada, tan pronto recibió noticias de que se había fijado para el 24 la fecha del inicio de la rebelión, dio instrucciones a los grupos que le estaban subordinados de tomar ese día las armas, y, a poco, abandonó Santiago de Cuba rumbo a la manigua. Minado por la tuberculosis, no mucho después fallecería de su mal, pero en los campos de Cuba libre adonde había acudido para cumplir, casi sobre su propio cadáver, el compromiso contraído. En Guantánamo se aprestaron a tomar las armas varios grupos, entre ellos, el de Pedro A. Pérez, *Periquito*, quien estaba fuera de la ley desde los tiempos de Purnio; en El Cobre, se alzarían Alfonso Goulet y el abogado Rafael Portuondo Tamayo; en El Caney lo haría Victoriano Garzón y, en San Luis, Quintín Bandera. En Baire, de acuerdo con Moncada, se alistó a luchar Saturnino Lora, y en Jiguaní otros conspiradores que respondían a las órdenes de Jesús Rabí. El 23 de febrero, en Matanzas, Juan Gualberto Gómez partió para el campo junto con Antonio López Coloma y otros patriotas. Sus fuerzas aumentarían con las que vendrían al mando del doctor Pedro Betancourt. Juanto a este se le uniría Manuel García, quien se había comprometido a unirse al alzamiento con 50 hombres. A poco, en Camagüey, aparentemente aislados de la decisión de Cisneros Betancourt de esperar primero el alzamiento en Oriente, algunos jóvenes ensayarían ponerse en pie de guerra.

Por fin, en los lugares previstos, comenzó el 24 de febrero la rebelión. Pronto, en el caso de Oriente, varias partidas más se pronunciarían en Brazo del Cauto, en la jurisdicción de Bayamo, y Baracoa.

A cuenta de la insurgencia de Saturnino Lora y sus hermanos, en Baire, destacada con fuerza en los partes en no poca medida por el poco conocimiento que se tuvo en los primeros momentos de los

otros focos estallados en la provincia de Oriente,<sup>37</sup> se le daría de manera inexacta al grito de independencia el nombre de aquella localidad.

Por cierto, se ha polemizado sobre ciertos hechos que se le achacan a las fuerzas de la zona, unidas a las de Jiguaní, que han creado alguna confusión en torno a su actuación. Se dice que aquellas fuerzas de Baire, junto con las de Jiguaní, que después de varios días abandonarían sus pueblos para ir a acampar al potrero de Las Yeguas, ya bajo el mando del coronel Jesús Rabí, al que Saturnino Lora en un gesto airoso le había pasado el mando, levantaron allí durante 10 días la insignia autonomista, una bandera con los colores de la española cruzada por dos barras blancas.<sup>38</sup> No solo esto, según un telegrama del día 26, del teniente de la guardia civil Manuel Sopena, a sus jefes, había entrado en forma pacífica en Baire, lugar donde se hallaban de 900 a 1 000 hombres armados de tercerolas, y al pedirles a los jefes cubanos que depusieran su actitud le respondieron que no lo harían hasta que no se aprobaran las reformas de Maura y se destituyese al alcalde de Jiguaní.<sup>39</sup> Sin embargo, la posición incontestablemente independentista de aquellos hombres hace muy dudosas las aparentes intenciones reformistas de los sublevados.<sup>40</sup> En todo caso, la explicación debe estar en que se trató de una estratagema para el caso de que el levantamiento fallase. Pero esta situación duró poco, porque no mucho después los insurrectos tiraron el trapo vergonzoso y enarbolaron la bandera cubana.<sup>41</sup> No por gusto, el capitán general Calleja comunicó el día 27 al ministro de la Guerra que las condiciones expuestas por los sublevados consistían en un pretexto "para esperar acontecimientos",<sup>42</sup> y también afirmó ese día en otro telegrama: "Convencido de que los revoltosos propónense mantenerse dando así tiempo para que rebelión se extienda paulatinamente y que cabecillas residentes extranjero desembarquen declaro estado guerra provincias Cuba Matanzas".<sup>43</sup> En efecto, ese día Calleja decretó el estado de guerra en las provincias señaladas.<sup>44</sup> Todavía el general José Lachambre, jefe de la provincia de Santiago de Cuba, dio un elemento más sobre la verdadera actitud de los sublevados de Baire y Jiguaní al informar, el 2 de marzo, a Calleja, que una comisión autonomista los había visitado, estos habían dado el grito de Viva España y la Autonomía y pedían 10 días de plazo para consultar a otras zonas en armas antes de decidir su actitud, petición que consideraba absurda porque lo que trataban era de ganar tiempo, "disimulando su actitud separatista".<sup>45</sup>

Desde sus inicios, el alzamiento estuvo lleno de tropiezos y estos seguirían de inmediato, hasta parecer que el intento se desmoronaría y terminaría, como los anteriores, en un lamentable fracaso. En La Habana, el 24 mismo fueron detenidos el general Julio Sanguily y el coronel José María Aguirre, y en Las Villas el teniente coronel Francisco Carrillo, y, poco después, la partida de Juan Gualberto Gómez, López Coloma y sus 16 compañeros fue dispersada y hechos prisioneros quienes no pudieron escapar. Con este grupo no se habían reunido Manuel García y sus hombres, porque, según un informe de la guardia civil en la madrugada del 24 al 25, el controvertido personaje cayó en una emboscada que le tendieron y resultó muerto.<sup>46</sup> Posiblemente había sido víctima de una traición. También, desaparecería la partida alzada en el inicio de la lucha, en la inmediaciones de Jagüey Grande, capitaneada por el médico Martín Marrero. La del antiguo bandido José Álvarez, *Matagás* -acogido por igual al Jordán de la revolución-, que aparecería días más tarde del momento del levantamiento por zonas situadas entre Aguada de Pasajeros y Cienfuegos, después de una intensa persecución de fuerzas españolas y algunos fuegos, se escondería en lo profundo de la Ciénaga de Zapata en espera de horas mejores.

Circunstancialmente hay que decir que, por cuenta de ella y de informaciones exageradas, Calleja decretaría el 4 de marzo el estado de guerra en la provincia de Santa Clara,<sup>47</sup> aunque tres días después ya Luque consideraba pacificada la provincia.<sup>48</sup> Días antes, Juan Gualberto Gómez, al quedar solo tres hombres de su grupo y estar localizados y querer hacer lo único posible con vistas a volver más adelante a la lucha, acogerse al bando de indulto dictado, había sido hecho prisionero. Después, sería deportado a los presidios africanos con una condena a 20 años de reclusión. En cuanto a López Coloma, capturado con las armas en la mano, caería ante un pelotón de fusilamiento en el foso de los Laureles, de la Cabaña. Entretanto, el alzamiento en Holguín parecía fracasado desde sus inicios, al extremo que el día 27 los españoles calculaban que la partida de Miró y los Sartorio la componían solo 10 hombres,<sup>49</sup> y el 9 de marzo el capitán general informaba a Madrid de la presentación de los dos hermanos.<sup>50</sup> Para más, en Santiago de Cuba, aquel abogado, Urbano Sánchez Hechevarría, quien había coqueteado con la Guerra Chiquita y, en 1890, con un levantamiento junto a Antonio Maceo; de nuevo, después de visagios y más visagios de adhesión al

independentismo, volvió por tercera vez a eludir compromisos y el mismo 24 embarcó rumbo a México. Quizás haya sido por cobardía, pero no puede olvidarse su labor para crear confusiones, detener la hora del levantamiento y averiguar más de lo que debía,<sup>51</sup> y que Polavieja, en 1890, hubiese dicho que estaba empleando a Ulpiano Sánchez, militar del ejército español y hermano del abogado -otros dos, Francisco y Bernardo, fueron gallardos patriotas-, para influirlo a favor de España. No por gusto Martí referiría una opinión sobre él que, para estar en los dos bandos, Urbano había enviado a su hijo a la guerra. Por otra parte, aunque el territorio de Oriente se moteaba de partidas, eso sí, mal armadas, sin mucha disciplina y jaqueadas por las tropas españolas, al resultar pulverizado el alzamiento en Matanzas y poner presos el general Federico Alonso Gasco, en Pinar del Río, a cinco presuntos conspiradores,<sup>52</sup> y en realidad tranquilas Las Villas y Camagüey, era de esperar que el desastre de la insurrección coronaría finalmente todos los esfuerzos.

Quizás, un parte de Calleja al ministro de la Guerra, del día 4 de marzo, sintetice la situación. Decía que con la presentación de Martín Marrero, quien había levantado la partida de Jagüey Grande, quedaba terminado el movimiento en Matanzas. También señalaba que en Oriente el general Lachambre había emprendido operaciones sobre Bayamo, Jiguaní, Baire, Manzanillo y Holguín, sin que esto impidiera que comisiones de los autonomistas hicieran gestiones de paz. Añadía que, según un presentado de la partida de Periquito Pérez, las fuerzas de Guillermo Moncada, Quintín Bandera y Victoriano Garzón, no rebasaban los 180 hombres mal armados, y en Guantánamo se extremaba la persecución. Precisaba que, según el cónsul de Costa Rica, allí continuaban los Maceo, y el de Santo Domingo informaba lo mismo de Máximo Gómez. De todas maneras, tres cañoneras vigilaban la costa de Oriente y a estos se sumaría el buque *Conde de Venadito*.<sup>53</sup>

En relación con los hechos de occidente, caben algunas preguntas: ¿por qué Julio Sanguily fue hecho prisionero en su casa el día 24? ¿Incluso, no debía desde antes haber emprendido ya el camino del monte, como muchos de los demás líderes de la conspiración? ¿No había sido, acaso, él quien desde la isla más había apremiado a Martí a adelantar la hora de los acontecimientos, por el temor de que, de dilatarse el plazo, fuese arrestado? Se vuelve algo asombroso que el jefe de occidente estuviese en su vivienda del Cerro el día en que debía estar, no solo fuera del alcance de las autoridades

españolas, sino al frente de los combatientes en el campo. Según narraría Pedro Betancourt, quien, por movilizar a grupos de Matanzas que no acudirían finalmente a la cita, había quedado en la ciudad hasta la mañana del 24, el jefe de una de estas células le exigió, para lanzarse a la manigua, pruebas de que Julio Sanguily estaba rebelado, porque "se tenía noticia cierta (hablaba de un telegrama recibido no sé por quién) que dicho Jefe no se movería de La Habana, quedando, según él, acéfala nuestra organización".<sup>54</sup> Por igual, otros grupos invocaron, para incumplir su compromiso, "las versiones que llegaban de La Habana" respecto de esto mismo. Esos rumores también alcanzaban al coronel José María Aguirre, porque se decía que, a la par de Sanguily, había retirado las órdenes de alzamiento. Sin discusión, la causa del fracaso de la insurrección en occidente y que se apagaran los fuegos por largos meses, se debió en no poca medida a la extraña inmovilidad de Julio Sanguily.

Por cierto, el levantamiento dio un nuevo dato sobre problemas de dinero relacionados con Sanguily. Según el general José Miró Argenter, al caer prisionero López Coloma, se le encontró una carta de Sanguily a Pedro Betancourt en la cual urgía le remitiera 2 500 pesos; mas, no para la revolución sino a causa de una situación personal tan precaria que lo había obligado a empeñar el revólver y el machete.<sup>55</sup>

Sin embargo, frente a la conducta de Julio Sanguily, hubo otros gracias a quienes la revolución se salvó y, entre ellos, gloria imperecedera le cabe a ese noble y abnegado patriota de aquellos que prepararon el alzamiento del ingenio Demajagua: Bartolomé Masó. Al amanecer del 24, ya establecido su campamento, dio el grito de independencia y, ese día, con su acción en Cayo Espino frente a tropas españolas,<sup>56</sup> fuerzas suyas se disputan con las de Enrique Tudela, quien atacó el fuerte de Hatibonico, en la región de Guantánamo, haber quemado los primeros cartuchos por la libertad. En la proclama de ese día, dirigida a los cubanos, les dijo que la revolución pensaba conquistar, en breve plazo, la independencia, la única solución a que debían aspirar todos. También, que con la insurrección coincidiría la llegada de varias expediciones conducidas por Máximo Gómez y Antonio Maceo. En otra proclama a los peninsulares, les recordaba la justicia de la causa cubana y que, si bien quedaba a su voluntad defenderla o no, les podía asegurar que mientras no hostilizaran la causa insurrecta se les consideraría como hermanos, lo cual era parte del programa de la

revolución.<sup>57</sup> Esta resultaba una demostración más de que la guerra no iba contra los españoles como tales.

El día 23, el capitán general Calleja había reunido a la junta de autoridades y propuesto suspender las garantías, pero de la votación resultó un empate. Por eso, decidió comunicar la situación a Madrid y ordenar esa noche la publicación de un bando mediante el cual implantaba la ley de orden público de 23 de abril de 1870.<sup>58</sup> Pudiera aducirse que Calleja tardó en reaccionar, porque desde semanas antes tenía no pocas señales de que algo grave se estaba agitando en el seno de la isla e, incluso, el 21 los gobernadores civiles de las provincias le habían avisado de la posibilidad de alzamiento el 24. Pero no es lo que parece haber sucedido. Da la impresión de que solo el 23 llegó a tomar la certidumbre de que sería al día siguiente la fecha marcada para el comienzo de la insurrección. Las órdenes de José Martí, desde el exterior, señalaban con severidad que únicamente las cabezas más relevantes de la conspiración podían conocer la fecha del 24, y Juan Gualberto Gómez solo la confirmó el 22. De una parte, Calleja no podía actuar dando garrotazos de ciego, aunque hubiese rumores de alzamiento, porque estos podían ser una estratagema de los elementos de Unión Constitucional para bloquearles el paso a las reformas de Abarzuza. Por tanto, solo tomó medidas cuando tuvo confidencias que valoró de auténticas y estas únicamente pudieron haberle llegado el 22 o 23 de febrero. En efecto, hay una prueba irrefutable de que fue el sábado 23 que estuvo al tanto de que algo iba a suceder el 24, porque aquel día envió un telegrama al gobernador civil de Santa Clara, en el que le decía: "Confidencias acusan decidido propósito de Carrillo para dar mañana grito rebelión en Remedios. Ordene V.S. al Comandante Guardia Civil Remedios que lo detenga mañana, no conviniendo que Alcalde tenga noticias".<sup>59</sup> Sin embargo, el 24, el comandante militar de Remedios argumentó que Carrillo había llegado con él en el tren de Camajuaní donde había jugado a los gallos, había absoluta tranquilidad en la jurisdicción y le parecía inoportuno detenerlo por las consecuencias que tendría entre sus parciales. A esto, Calleja replicó ya el mismo 24 que Carrillo debía haber dado la noche del 23 el grito de independencia y, dados los alzamientos de Matanzas y Guantánamo, no convenía que estuviese en libertad.<sup>60</sup> También, en informe al ministro de la Guerra, Calleja le dijo que "Noticias confidenciales dieronme certidumbre que el 24 actual debía estallar extenso movimiento insurreccional".<sup>61</sup> Queda, por consiguiente, evidenciado

que las autoridades habían recibido información de lo que iba a ocurrir el día fijado por la dirección de la conspiración. Llama la atención que el gobernador general no ordenara la inmediata prisión de Carrillo y la hubiese pospuesto para el mismo domingo 24. Eso quería decir, de seguro, que todavía no tenía todas las claves y participantes de la conspiración en la mano y esperaba obtener detalles de un momento a otro.

De dónde procedían las noticias confidenciales que Callejas menciona le dieron la certidumbre del momento del estallido de la revolución. En aquellos días se hizo tan pública la presunción de que Julio Sanguily había delatado la conspiración, que Rafael Guerrero, en su *Crónica de la guerra de Cuba*, de 1895, diría que corría la versión de que el pretense jefe insurrecto no estaba preso en la Cabaña sino solo detenido, con el fin de ponerlo a cubierto de la ira de los separatistas, que "le consideraban traidor por haber descubierto el plan de la proyectada revolución".<sup>62</sup>

Enseguida que estalló la insurrección, el Partido Autonomista evaluó las opciones que tenía delante y, en vez de decidirse por un suicidio honorable, se dispuso a cometer el más imperdonable de los crímenes políticos contra la nación: la colaboración con el régimen colonial. El 25, ayuntados con las directivas de los partidos Reformista y Unión Constitucional, sus dirigentes acudieron a palacio a hacer profesión de lealtad al régimen y ofrecer sus buenos oficios para desalzar a los sublevados.<sup>63</sup> Como se evidencia, el grueso de la burguesía cubana se decantaba a favor de la colonia. Aunque no sería la única acción que lo revelaría. También lo ratificó la condena del Círculo de Hacendados al alzamiento y, por igual, no mucho después acciones como la de Mariano Artiz, propietario del Narcisa, de Yaguajay, de poner gratis a disposición de las tropas españolas la línea férrea que poseía y la de vaporcitos, desde aquella localidad a Caibarién.<sup>64</sup>

Aquel viaje al palacio de la plaza de Armas anunció también, junto a la postura adoptada por el Partido Reformista, la que suscribía la burguesía industrial y comercial, casi en su totalidad peninsular, disidente del integrismo: optaba por echar a un lado sus reticencias y ponerse de parte de la metrópoli. Su miedo a un porvenir dominado por los cubanos, resultaba el platillo más pesado de la balanza. Tampoco cabe dudas de que una ilusión contribuyó a situarla en esta posición: ahora, el

Partido Reformista era el correspondiente al Liberal de España, que estaba al frente del gobierno. Esto, pensaban, le daba una cuota de poder y, por eso se ufanaba de las órdenes que llegaban de Madrid de hacer elegir diputados a personajes suyos como Arturo Amblard.<sup>65</sup>

La posición autonomista dio por resultado que, de inmediato, una comisión del partido marchase a ponerse en contacto con Masó, el patriarca manzanillero. El viejo revolucionario, indudablemente percatado de que se necesitaba ganar tiempo para esperar la llegada de los demás líderes revolucionarios, aceptó mantener una entrevista con los mediadores. El 6 de marzo, en la finca La Odiosa, se produjo el encuentro. El autonomista Herminio Leyva le dibujó a Masó y sus compañeros un cuadro patético de la situación en que estaban: el país se volvería contra los insurrectos, porque no quería la guerra, y en el occidente, todo había fracasado. Además, no había un motivo claro para la insurrección, porque la demanda de algunos alzados era la autonomía, y, por demás, podían olvidarse de que recibirían armas. En nombre de las autoridades, Leyva prometió el indulto si deponían su actitud, y, al dirigirse a Masó, le dijo que así salvaría la vida. Gallardo, enhiesto como una palma, con la vista nublada por tantos recuerdos de lucha y sufrimientos, el heroico manzanillero recordó que él era uno de los padres de la patria y le respondió: "¿Y mi dignidad?" A continuación, Masó le señaló al enviado que en Oriente había otros sublevados, y eso le exigía sostenerse en guerra.

Pero el caudillo manzanillero sabía que necesitaba ganar tiempo, y, como Felipe II, podía decir: el tiempo y yo somos dos. De manera que solicitó una tregua para visitar otras jurisdicciones en armas. Según explicó, ante la propuesta hecha, debía escrutar la disposición de los demás mambises en relación con la postura a asumir. A su vez, los comisionados plantearon que informarían a las autoridades españolas ya que nada podían decidir. Según el general Lachambre, el día 8 Leyva le informó que nada se iba a conseguir con las conversaciones y que resultaba necesaria la acción de la fuerza.<sup>66</sup>

Al día siguiente de la entrevista de Masó con Leyva, una nueva comitiva autonomista, que no había llegado a tiempo para la entrevista del día 6, y al parecer sin contacto con la comisión anterior, se

presentó ante Masó. Esta vez arribaba al campamento mambí nada menos que el autor del decreto de la manigua que castigaba con la muerte a quien se presentara ante las filas mambisas a ofrecer paz sin independencia, Juan Bautista Spotorno. El ex presidente interino de la república en armas, estaba totalmente reblandecido en sus convicciones de antaño. Por eso, había sido quien más había trabajado para desalzar a Bonachea en Sancti Spíritus. Ahora, volvía de nuevo a su lamentable papel contrarrevolucionario. Le reiteró a Masó toda la cantinela que el día anterior habían ensayado Leyva y sus acompañantes y hasta le entregó una carta de Marcos García, el antiguo coronel que ahora ocupaba la alcaldía de Sancti Spíritus, y que para cumplir con el apotegma de que no hay peor fanático que el nuevo converso, ni mayor apóstata que el renegado, se había transformado en furioso colaborador del régimen colonial. En esta, Marcos García incitaba al general a bajar las lanzas. Sin poder mantener la ecuanimidad, uno de los acompañantes del gran patriota, el teniente coronel Celedonio Rodríguez, le recordó a Spotorno que él había firmado el decreto irreductible que llevaba su nombre, y terminó diciéndole: "Váyase antes de que nos obligue a aplicarle a usted y sus acompañantes su propio Decreto".<sup>67</sup> Nada pudieron obtener los nuevos comisionados de aquella cresta incommovible que era Masó.

Mas, no fue Spotorno el único de aquellos que habían tomado las armas por la independencia en las luchas anteriores, que ahora se mostraba adversario del alzamiento. Precisamente, así lo evidenciaron propietarios de Manzanillo. Esto se puso de manifiesto en un telegrama del 12 de marzo, que Calleja dirigió al ministro de la Guerra. En este le informaba: "Visitome anoche comisión Manzanillo, compuesta Jefes revolucionarios pasada guerra y representación partidos, exponerme situación aquella jurisdicción y pedirme guarnezca rica zona ingenios para poder éstos reanudar trabajos con seguridad y proporcionar subsistencia millares hombres que viven de éstos".<sup>68</sup>

Hasta poco antes, el capitán general de la isla parecía convencido de que una intensa persecución de los alzados ligada a las gestiones de las comisiones de paz autonomistas, podían dar como fruto la pacificación de Oriente. Mas, junto a esto, cuando ya se comenzaba a hacer evidente el fracaso de las gestiones de paz, continuó juzgando necesario impedir todo exceso en la represión, que indujera a los indecisos a tomar el camino de la manigua. En una comunicación al comandante militar de la

provincia de Santiago de Cuba, le puntualizó en esos días que las órdenes de detención solo debían recaer sobre aquellos sospechosos que fuesen objeto de "vehementes indicios" de comprometimiento con la insurrección; también, debía impedir que los partidos políticos aprovecharan las circunstancias para ejercer venganzas, mediante denuncias a las autoridades y, añadía, que resultaba primordial tratar bien a los pacíficos en el campo y evitar que las columnas en operaciones cometieran abusos de clase alguna.<sup>69</sup> Sin dudas, observaba que la revolución no acababa de prender la hoguera y pretendía no echarle leña al fuego.

En aquellos momentos, la apreciación de un aseasonado militar cubano, Calixto García, en torno a la situación de la insurrección, a pesar de la lucha, tenaz, heroica, de Masó por sostenerla, se volvía más que de incertidumbre de pesimismo. En aquel mes de marzo, desde su destierro en Madrid, le escribió a Gonzalo de Quesada y, luego de informarle que hacía dos meses que estaba enfermo, y, como consecuencia de dos pulmonías se le dificultaba respirar, le decía: "Las noticias de nuestra pobre patria no son nada agradables. El movimiento q. con tanto empuje empezó, empieza a flaquear, debido sin duda a la falta de Jefes allí y se está repitiendo lo que me pasó a mi en el 79. La retirada de los cubanos a la Sierra, podrá prolongar la lucha; pero para triunfar, hay que luchar en los pueblos y no en los bosques. Estos pueden ser un baluarte después de una derrota, pe. toda revolución que no avansa, retrocede (...) El gobierno siguiendo su tactica de siempre, publica los nombres de los Jefes de color sublevados; pe. no el de los blancos (...) Si Gómez no desembarca pronto, empesarán a ofrecer indultos y antes de mucho el movimiento habrá acabado".<sup>70</sup> Su razonamiento resultaba apocalíptico pero justo, y eso lo sabían Martí y Gómez. Si no lograban arribar pronto a la patria, el esfuerzo se perdería.

El 26 de febrero, José Martí había conocido el estallido de la revolución. "Lo hemos hecho, y aún me parece sueño", le confesó en una carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra,<sup>71</sup> a quienes había dejado al alimón el encargo de dirigir el partido, mientras junto a Gómez trabajaba más frenéticamente que nunca para llegar a Cuba. Antes, tenía que lograr que Maceo hallara la forma de tocar tierras de Oriente. Ante la respuesta de este de que no resultaba posible llevar

adelante la empresa con 2 000 pesos, porque se necesitaban 6 000, Martí optó por una decisión arriesgada: encargarle a Flor Crombet la logística de la expedición. A pesar de la querrela de este con los Maceo, que el mismo había tenido que salvar, seguramente valoraba que, después de todo, Crombet se había ocupado de lo referente a la preparación de las condiciones para recibir la nave que, procedente de Fernandina, hubiera conducido a los expedicionarios de Costa Rica a las playas cubanas. Crombet se ofrecía a solucionar la dificultad con los fondos que podía aportar Martí. Dada la probable reacción que tendrían los Maceo al conocer que el otro viejo revolucionario sería el encargado de conducirlos a la isla, Martí le escribió desesperadamente al caudillo de Mangos de Baraguá y le pidió que dejaran en manos de Flor Crombet la solución del problema de la expedición. En la misiva apeló al patriotismo sin tasa del general, y le señaló que debía ir a Cuba como fuera, porque ya la isla antillana estaba en guerra. La dirección podía ir hasta en una uña, le apremió. Cerró la carta con unas palabras que también eran una decisión para él: "¡hasta Oriente!".<sup>72</sup>

De hecho, sin saberlo, Martí estaba correspondiendo a las peticiones acuciantes que se le hacían desde la isla. Por entonces, el general Bartolomé Masó le dirigiría una carta en que lo titulaba "Delegado de la Junta Revolucionaria", y le diría: "Desde el día 24 de Febrero me hallo al frente del movimiento revolucionario en este departamento. La revolución se muestra potente. He recorrido, partiendo de Manzanillo, las comarcas de Bayamo, Jiguaní, Santiago de Cuba y Holguín, donde me hallo en estos momentos. En todas partes cunde el entusiasmo (...) Urge que vengan las expediciones ofrecidas, pues aparte de poderosas razones políticas que no es momento de mencionar, no he podido alistar mayores fuerzas por falta de armamento y municiones. Además es necesario constituir gobierno, lo cual no he determinado en espera de la llegada de Uds; pero veréme obligado a hacerlo si demoran algunos días más, por ser esta la opinión general de las fuerzas levantadas".<sup>73</sup>

Maceo, prácticamente, desconocía lo acontecido en el sur de la Florida y la determinación tomada de poner en manos de la dirección revolucionaria dentro de la isla, la decisión del momento del alzamiento. Como resultado, había sido sorprendido por la noticia del estallido de la guerra. Por si fuera poco, conoció de la decisión de que Crombet dirigiera la expedición que debía llevarlo a la Cuba, cuando un representante de Martí llegó a Costa Rica para entregar a aquel los fondos de la

empresa.

El general, difícilmente podía no haber sentido una enorme mortificación por la resolución de Martí, no solo por haberla conocido indirectamente, sino por la fuerte animosidad que sentía respecto a Crombet. Como si fuera poco, también supo que había en San José quien había planteado dejar "a los Maceo en tierra". Por cierto, sería Crombet quien se opondría radicalmente a tamaña estupidez. Enterado de la infamia y, también, a cuenta de la decisión de Martí, el caudillo de los Mangos de Baraguá escribió a María Cabrales: "He pasado tantas amarguras, estoy pasando tantos disgustos y sinsabores, que tengo el alma llena de penas y tristezas, por los que tanta mezquindad abrigan en su corazón disfrazados casi siempre con pulimento de bondad".<sup>74</sup> Las medidas a que obligaban las circunstancias, la falta de información y las querellas de los aldeanos, ponían hiel en sus labios, pero al fin llegó la carta de Martí en que explicaba la decisión y apelaba a su patriotismo y, sobre todo, otra de Gómez en la que justificaba la determinación tomada por el delegado. Según el vencedor de Las Guásimas, Martí estaba en lo "racional, justo y perentorio", y había tomado las decisiones que cabían después de lo sucedido en Fernandina y cuando ya caía en suelo cubano "la sangre de compañeros".<sup>75</sup> Como no podía esperarse de otra forma, el caudillo santiaguero cedió. Como siempre, la patria estaba por encima de cualquier querella.

Al respecto, el mismo Maceo narraría: "Desembarcamos entre Duaba y la boca del río Toa, a vista del vapor de guerra español que estaba fondeado en el puerto de Baracoa, como a doscientas varas del pueblo, viéndome obligado a mandar a embarrancar la goletita, porque todos aquellos lugares son arrecifes y rompientes y no estar dispuesto a buscar lugar, haciéndolo felizmente con un golpe de mar que dió en popa y nos arrojó en tierra...".<sup>76</sup>

A todas estas, había sido afortunado pudieran eludir la vigilancia de los cruceros españoles, porque ya el 24 de marzo el capitán general Calleja había informado al general Lachambre, que según noticias recibidas del ministro español en Guatemala y del cónsul en Costa Rica, Maceo había llegado el día anterior a Puerto Limón y la expedición que lo conduciría a Cuba desembarcaría por Baracoa.<sup>77</sup> Además, como lo demuestra un cifrado de Lachambre a Calleja, del día 29, el cónsul

español en Jamaica había identificado que Maceo y sus compañeros viajaban en el buque *Adirondack*, que llegaría esa tarde a la isla Fortune, en las Bahamas, y le pedía aumentar con un crucero más la vigilancia de la costa.<sup>78</sup> Incluso, el mismo día 1ro., el capitán general Calleja le daba un sentido a la desaparición de las "partidas de Cobre, Baire, Guantánamo", de sus lugares de operaciones habituales, y comunicaba sus sospechas de una concentración sobre las costas a la espera de un desembarco.<sup>79</sup>

Enseguida que arribó a tierra, Maceo envió aviso de su presencia al teniente coronel Félix Ruenes, quien había tomado las armas en Baracoa, y después los expedicionarios marcharon rumbo a los cerrados montes de la jurisdicción. Desde el día siguiente del desembarco, el general Lachambre tuvo la certeza de quién había llegado por Duaba<sup>80</sup> y Calleja dio órdenes de impedir a toda costa que Maceo lograra reunirse con las partidas orientales.<sup>81</sup>

Como consecuencia, durante el tránsito, los expedicionarios tuvieron duros enfrentamientos con las tropas españolas del batallón de Simancas, que los dispersaron en tres grupos. Estas se hallaban unidas a las peligrosas fuerzas voluntarias de Yateras, los tristemente famosos "indios de Yateras", al mando del teniente retirado Pedro Garrido, quienes resultaron sus más tenaces perseguidores. Estos conocían bien la zona y sin desmayos se introducían en las serranías y el bosque sin que dejaran de observar una sola pista o un rastro de sus perseguidos ni dejaban de penetrar en sus más recónditos parajes. Precisamente, en uno de los lances cayó herido y fue rematado el intrépido Flor Crombet. El general Antonio siguió en una tortuosa marcha entre aquella floresta fragorosa, perseguido y hostilizado a cada paso. Sobre sus peripecias contaría más tarde: "...salimos sin novedad para el interior de la Isla, teniendo que batirme hasta siete veces al día para romper las líneas enemigas, situación que duró catorce días consecutivos de fuego y reveses, sin el auxilio de las fuerzas pronunciadas, porque el enemigo se esforzó en hacerme prisionero o herirme para concluir la Revolución, que tenían desorganizada y fría; pero afortunadamente pude escapar sin novedad".<sup>82</sup>

Durante la marcha, hasta que el general Antonio encontró por fin un campamento de tropas del coronel Pedro A. Pérez, *Periquito*, no pocos de su ya reducida compañía perecieron o cayeron

prisioneros. Mas, a partir de ese encuentro la guerra tomaba otro carácter: Maceo era la guerra, el dios Marte cubano. Las razones del pesimismo de Calixto García empezaban a quedar atrás.

Por su parte, José Maceo, otro de los expedicionarios, quedaría separado de su grupo hasta que, después de lo que se calificó de odisea, fue hallado 13 días más tarde por fuerzas mambisas.

La importancia que tenía la llegada del general Antonio Maceo quedó evidenciada no solo en que muchos alzados desecharon la idea de retornar a sus casas y volver a esconder en el monte la tercerola o el relámpago hasta que llegaran mejores tiempos, sino porque a partir de ese instante un río de combatientes que únicamente respondía a la magia que inspiraba la presencia del caudillo de los Mangos de Baraguá, corrió hacia su campamento: allí, pronto arribaron sus viejos soldados de la Guerra Grande y, junto con estos, sus hijos, aquellos embelesados habían escuchado durante 27 años la leyenda forjada por las hazañas del magnífico paladín.

De ahí que, no mucho después, el general español Federico Alonso Gasco informara a su jefe que de Palma Soriano se habían marchado al campo más de 400 personas, entre mujeres y niños, y unos 40 hombres y, eso, sin contar los que vivían fuera del pueblo; desde luego, como no quería reconocer la verdad, achacaba la evasión en masa a las amenazas mambisas.<sup>83</sup> Este juicio se caía por su base, porque en el mismo texto al informar sobre su travesía con una columna para ir a proteger Palma Soriano de un ataque mambí, confiaba: "Por el camino he encontrado bastantes hombres útiles que á caballo y á pie y en distintas direcciones se trasladan de un punto á otro sin objeto conocido y los cuales no contestan en absoluto á las preguntas que se le dirigen, con otras noticias que aquellas que imprescindiblemente pueden ser contestadas, pero sin dar nunca ninguna sobre la dirección exacta del enemigo, tanto de los grupos pequeños, como de los mayores en número; todo lo cual produce una exploracion beneficosa para el enemigo sobre nuestras fuerzas, con las que se ponen constantemente en contacto bajo la máscara de gente pacífica; circunstancias todas que producen como es consiguiente, el que nuestros movimientos no dén resultado practico".<sup>84</sup>

A poco acontecería otro suceso decisivo. El 11 de abril, después de no pocas dificultades y riesgos

en Santo Domingo, la isla de Inagua y Haití, Martí y Gómez, con la sola compañía de Francisco Borrero, César Salas, Angel Guerra y el dominicano Marcos del Rosario, llegaron a tierras cubanas. Ese día, a la altura de la costa sur de Oriente, frente a Playitas de Cajobabo, bajaron del vapor alemán *Nordstrand* en una chalupa adquirida para la empresa. El capitán del buque, Heinrich Löwe, había rendido un enorme favor a la revolución cubana al colaborar con los expedicionarios: como simpatizaba con el pueblo cubano al que consideraba tiranizado, había aceptado la propuesta de Martí, quien se le identificó como su cofrade masón, de llevarlo junto con sus compañeros a las inmediaciones de Cuba, aun a sabiendas de cuál era la misión del expedicionario. Como conoció que, desde Nassau, el cañonero inglés *Partridge*, a causa de una denuncia andaba detrás de la huella de los cubanos para capturarlos, el marino alemán cambió la ruta de su nave. Quizás, esta persecución se debía a que la presencia de Gómez, durante la estancia de los insurgentes en Cabo Haitiano, había sido descubierta y se les había dado aviso a las autoridades inglesas, que ordenaron su búsqueda.

Por cierto, no solo era aquella nave la que trataba de impedir el desembarco. Desde el día 4 de abril Calleja había ordenado avisar a la cañonera *Contramaestre*, en Manzanillo, la necesidad de vigilar la costa ante un posible desembarco de Máximo Gómez.<sup>85</sup> También, había ordenado al comandante general de la provincia de Cuba (como era llamada Oriente), que ante una concentración de insurrectos hacia La Zanja, en la costa sur de Puerto Príncipe, lo que hacía sospechar un desembarco de Máximo Gómez, movilizara las tropas más cercanas de Manzanillo, Bayamo u Holguín, con el propósito de evitar que el general mambí se internase en la provincia.<sup>86</sup> Para más, ordenó que el batallón 3º Peninsular marchase de Santiago de Cuba a Manzanillo.<sup>87</sup>

Los momentos transcurridos sobre la frágil embarcación fueron de profundo riesgo para los improvisados navegantes, como consecuencia de la tormenta gruesa que se les vino encima y la espesa oscuridad que apenas les permitía situar la costa y los hizo equivocarse por momentos el rumbo. Después de la lucha con un mar encrespado, embravecido por el viento, bajo una luna roja, recalaron casi milagrosamente en una diminuta ensenada recubierta de guijarros que se abría entre agujas y escollos.

Por fin, después de años de angustias y sufrimientos, de siembra y de siega, de haber hilvanado lo disperso, en aquella noche que marchaba hacia la madrugada, José Martí, el peregrino, el hombre que la vida parecía condenar a bojear su patria sin poder llegar a ella, pudo escribir del momento en que abandonó la embarcación y pisó la tierra amada: "Salto. Dicha grande".<sup>88</sup> El 13, después de una marcha fatigosa, soldados de Félix Ruenes los encontraron. Se cerraba el círculo de la presencia de los jefes de la insurrección en la manigua: la guerra estaba ganada.

No le había sido fácil a Martí llegar a cumplir su sueño. En Santo Domingo se había producido un duro debate en torno a su presencia en Cuba. Con criterio pragmático, Máximo Gómez pensaba que el delegado resultaba más útil en la emigración que en los campos de batalla. En Nueva York podía levantar una gran expedición, y entonces viajar a la isla. Pero el apóstol de aquella empresa revolucionaria sentía el vivo compromiso de participar de inmediato en la lucha. ¿Con qué moral se presentaría ante quienes tendría que reclamar nuevos aportes para la causa, sin haber demostrado que su vida se había puesto en riesgo? ¿No le vendrían a imputar algunos maledicentes, que había llevado el país a la guerra, mientras él quedaba a la sombra protectora de la emigración? Esta no constituía su única angustia. ¿Puede olvidarse acaso que él sabía levantar la piel de la realidad y percibir las pasiones encerradas en los hombres, precisamente porque eran eso y no ángeles, y sabía de las amarguras que le deparaba su ruta, en esa hora de erigir la obra grandiosa? ¿No le revelaría durante los días de la estancia en Santo Domingo, a Gonzalo de Quesada?: "Ya Vd. sabe que llevo los ojos claros por este camino sangriento: si me dejan poner vivo el pie en nuestro país ¿quiere que le diga desde ahora cómo y de quiénes, uno por uno, será la campaña, implacable, de la codicia burlada, del miedo de no ser ayudado de mí en el apetito del poder, del desamor natural en ciertos hombres a una honradez más enérgica que su tentación? Viejos y jóvenes, de una región y de otra, odiándose entre sí, y sólo unidos en celarme, se están ya afilando los dientes. Aquí está la carne. Mi gusto está en el deber, y en cumplirlo sin fatiga y sin ira...".<sup>89</sup>

En eso, cuando una vez más había tenido que deponer sus deseos ante los demás, que estaban por su

permanencia fuera de la manigua, un suceso inesperado había resuelto la querrela. Llegó un vapor a Santo Domingo con paquetes de periódicos, entre ellos *Patria*. Este publicaba un telegrama de Fernando Figueredo, desde Tampa, en que decía que él y Gómez ya estaban en Cuba.<sup>90</sup> Martí sintió una íntima alegría: se le había proporcionado el argumento decisivo para exigir un puesto en la expedición. Luego de esa noticia no podía, sin menoscabo de su honor, aparecer ante la emigración. "Después de esto, no hay razón que pueda detenerme. Voy a Cuba con Ud.", le anunció, con convicción irreversible, a Gómez.<sup>91</sup> Ni la insistencia del general, ni las frases cariñosas de Manana, la esposa del dominicano, que había escuchado la alegación de Martí al enseñarle el periódico al general, ni las exhortaciones de Borrero y Collazo, pudieron esta vez convencerlo de que desistiera de su idea de partir rumbo a la manigua. Gómez narraría el hecho: "[A Martí] Seis días antes de embarcarnos lo había yo desidido a quedarse, pero un aviso publicado imprudentemente en *Patria*, lo hicieron volver a atrás, y ya a mí no me fué posible convencerlo y nos hechamos a la mar".<sup>92</sup> La explicación de la postura del guía de la revolución, la daría él mismo, el 25 de marzo, en carta a su amigo dominicano Federico Henríquez y Carvajal: "De vergüenza me iba muriendo -aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera-, cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir [a Gómez] solo, y de que un pueblo se dejara servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida".<sup>93</sup>

El destino que debía seguir Martí, no constituyó el único debate que se animó entre los congregados en Santo Domingo. Al parecer, algunos criterios en pugna en relación con la conducción de la contienda reverdecieron, y también se estimó que, una vez en Cuba, el delegado debía volver enseguida al extranjero, para cumplir la encomienda de preparar una expedición con pertrechos. El 16 de marzo, desde Montecristi, a hurtadillas, como diría el delegado, en una carta transida de nuevas amarguras y prevenciones, le escribió a Tomás Estrada Palma: "Yo creo que al fin, podré poner el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella, se me echará, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno ni a ajustar, como hubiera sido mi oficio, las diferencias ya visibles entre los que no entienden que para defender la libertad se debe comenzar abdicando de ella, -y los que a la misma libertad entregan, y vuelven la espalda, si no les viene en beneficio propio.

Entre las realidades funestas, y las rebeldías imprudentes, me hubiera puesto yo, como me he puesto afuera: que no se me permitirá. ¿Qué rogarle desde ahora, sino que con el peso de sus declaraciones y de su respeto, contribuya desde ahí, y pronto, y de modo resonante, y del más eficaz y solemne que le ocurra, a impedir que en Cuba se prohíba, como se quiere ya prohibir, toda organización de la guerra que ya lleve en sí una república, que no sea la sumisión absoluta a la regla militar, a la que de antemano y por naturaleza se opone el país, y que detendría -o acaso cerraría totalmente el paso de las armas libertadoras?"<sup>94</sup> Y, luego, reiteró: "De mí, ya le digo, voy preso, y seguro de mi inmediato destierro: -y también de la utilidad para mi patria de este martirio".

¿Qué sentido tenían las angustiadas palabras del delegado? Innegablemente, le volvían a surgir preocupaciones parecidas a las de 1884. Él sabía que una guerra era mucho más que la aplicación de una concepción estratégica y una táctica bélicas. Podía decir, con Clausewitz, que la guerra solo consistía en la política continuada por otros medios. Pero aún más si esa contienda constituía la expresión de una revolución. Evidentemente, si para unos la situación era la que era, para Martí resultaba tanto la que era como la que debía ser. Para unos, la guerra ante todo, para Martí la guerra sí, y también la república venidera. Para él, el gobierno a constituir significaría establecer el antídoto contra cualquier caudillismo militar, la manera de ganar un porvenir limpio, evitar las tiranías del tipo que solían asolar la realidad americana y darle paso a una verdadera democracia social que impidiera la marginación de las clases humildes del país. En la carta de marzo a Federico Henríquez y Carvajal, le expresaría también sus prevenciones e ideas al respecto: "Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, -y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan -y permitan

el desarrollo natural y ascendente- a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevaría a la anarquía o a la tiranía".<sup>95</sup>

Como se ha manifestado en cuanto al general Gómez, quien puede haber sido uno de los contradictores elípticos del conductor de la revolución que se intuyen en la misiva de este a Estrada Palma, en él no maduraba ningún sentimiento favorable a tendencias caudillistas en la guerra ni en la paz. Desde luego, resultaría absurdo siquiera pensar que el dominicano pudiera servirse de la guerra para provecho propio. Cuba no le había provocado más que su generoso sacrificio, sin esperar nada a cambio, y esto lo había demostrado a lo largo de 27 años de lucha. A esa altura se hacía muy difícil creer que más tarde fuera a traicionar esa insigne historia. Además, como comprobación, no por ulterior menos válida, puede añadirse que por fin con hechos y con un desinterés magnánimo rechazó la primera magistratura de la nación, cuando un pueblo entero casi se la imponía. Esa constituye una prueba total. En cuanto al general Maceo, aunque no estaba en Santo Domingo a la hora de las amargas reflexiones anotadas, si se quisiera argüir que al recuerdo de las discrepancias de 1884 sobre el caudillismo este también pudiera haber pasado por la cabeza del delegado al verter sus palabras, puede recordarse que la vida y conceptos del centauro oriental dejaban bien a las claras que se volvía el hombre que menos hubiese estado por tomar la cumbre en la guerra, para instaurarse como caudillo a la hora de la república. Cuando llegara la independencia, sería el primero en propiciar la existencia de un órgano de gobierno al margen y por encima del poder militar. ¿Acaso no expresó, en la carta a Martí, de 1888?: "El respeto, pues, a la ley sin menoscabo de que por las vías legales, si imperfecta o nociva al bien general, se procure cambiar; sería mañana en la guerra, y luego en la paz, la norma a que ajustaría todos mis actos; que a las zozobras, e inquietudes y angustias de toda disolución social, he de preferir siempre la venturosa vida del trabajo y la dulce esperanza de dar educación a mis hijos, para con ambas cosas contribuir al engrandecimiento moral y material de la Patria.// Trazadas a breves rasgos las ideas transcritas, creo asimismo que ninguna forma de gobierno es más adecuada, ni más conforme con el espíritu de la época, que la forma republicana y democrática".<sup>96</sup>

Si de algo puede preciarse la historia de Cuba es que los más grandes jefes militares cubanos eran

demócratas convencidos, tanto en el plano político como el social, hombres de ideas populares, de un desinterés total, que pensaban en servir a la patria no en servirse de ella. Quien diga otra cosa, miente.

El problema seguía siendo que los militares cubanos partían de una experiencia que los había marcado de forma definitiva, la Guerra Grande, y le temían, no sin razón, a las interferencias durante la campaña de un poder civil mal concebido. Los militares cubanos estaban de acuerdo con la existencia de un poder político -mejor que civil-, porque ellos mismos eran jefes político-militares y comprendían la necesidad de ese poder y, aunque quizás no supieran con precisión qué forma darle, percibían muy bien aquello que no querían: la vuelta de una cámara, como la del 68, que inficionara la manigua de luchas estériles, el regreso de la imposición de camisas de fuerza a la conducción de la campaña y que las querellas terminaran hundiendo la revolución. Después de todo, no les faltaba razón.

Por tanto, el gran problema que quedaba pendiente entre los tres líderes de la rebelión, consistía en la forma que adoptaría esta vez el poder político. Para uno de ellos, Martí, sus ejes estaban claros: ese poder devendría el máximo conductor de la contienda y, como tal, debía representar todos los intereses presentes y futuros de la nación y su constitución también se haría para que no se les crearan miedos a los "civilistas", porque aquellos a quienes se les llamaba republicanos posiblemente se desolidarizarían de la causa revolucionaria si creyeran ver establecerse en la manigua lo que hubieran considerado una dictadura militar. Sin embargo, debía dejarse a los militares desahogada autoridad para conducir la contienda. Encontrar la solución justa, la medida exacta, no resultaba fácil, pero a él le sobraba genio para alcanzarlo. Tan seguro estaba, que lo había dicho: él podía "componer una forma viable de gobierno". Pero la gran fuerza de su fórmula también constituiría su mayor debilidad: dependía de un hombre, él. Como lo había demostrado, había sido el único que con maestría, cordialidad, amor, nobles adulaciones, evitando roces, predicando, mirando más lejos que nadie, había podido borrar las discordias acumuladas a lo largo de más de dos décadas y media. Hasta ahí, nadie más había podido conseguirlo. Pero, ¿qué pasaría si él faltaba?

Había todavía otra cuestión más que en Martí alimentaba sus conceptos, la cual afloraría pronto y señeramente porque hasta ahí no la había revelado ni al cuello de su camisa: se trataba de que todo lo hacía para detener a Estados Unidos a la puerta de Cuba y, de esa forma, crear un valladar geopolítico a las apetencias del país del norte sobre América. Por tanto, la dirección de la revolución tendría que ver también con este *desiderátum*.

Incluso durante su estancia en Santo Domingo, el apóstol de la revolución hizo una precisión en cuanto al futuro del partido, una vez que en Cuba quedara constituido el gobierno. Les escribió a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, y después de señalarles que tarea muy principal era "mantener reunidas a las emigraciones, *a comunicación continua, valiéndose de cada ocasión*, en la misma alma una, democrática sin lisonja, en que hemos juntado a ricos y a pobres", expresó: "Y en cuanto a forma lo esencial es eso: las emigraciones constituyeron con Cuba el partido revolucionario, iniciador de la revolución, que va a Cuba a entregarse al país, y continuará existiendo como partido, aunque sus organizaciones viables y autonómicas subsistan, hasta el día, y sólo hasta él, en que se constituya en Cuba la revolución, a fin de evitar la monstruosidad de antes: dos gobiernos para un solo país".<sup>97</sup> En otras palabras, cuando se eligiera el poder revolucionario de la manigua este absorbería la dirección partidaria. No podía repetirse el error de la guerra de los Diez Años, en que el exterior giraba en su propia órbita. Tanta unicidad pensaba que debía tener el mando.

De todos modos, frente a las amargas afirmaciones que hizo en la carta a Estrada Palma, hay que subrayar que, el 10 de abril, casi en los momentos de su partida de Cabo Haitiano, escribió a aquellos dos hombres que les eran tan cercanos, Quesada y Guerra: "A mi alrededor, como van viendo, todo se encariña y unifica, y ese es alivio grande. Estos días han sido útiles, y me siento creído. No puede ser que pasen inútiles por el mundo la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad".<sup>98</sup> ¿Había comprendido que su celo hasta por el menor detalle que pudiera lastrar el triunfo de la causa o la república del mañana, lo había llevado a establecer un juicio demasiado apresurado, exagerado, en su carta anterior al maestro de Central Valley o escribía frases de aliento para levantar los espíritus? Debe pensarse que rectificaba, y que la incertidumbre que lo

embargaba en los instantes en que redactó sus prevenciones y las tribulaciones a causa de los obstáculos que se le presentaban para llegar a la isla, lo habían inclinado a dejar escapar pensamientos amargos. Todo esto debía de haberlo sumido en un estado de tensión brutal y su sensibilidad se había puesto, como nunca, a flor de piel. Entonces, hasta el menor incidente, cualquier frase mal expresada, lo dañaba y lo enredaba en temores y suspicacias. Ahora veía otra realidad.

Un par de semanas antes, el 25 de marzo, José Martí había redactado el documento clave de la contienda de Cuba, que también estaría calzado con la firma de Máximo Gómez: el *Manifiesto de Montecristi*.<sup>99</sup> Este constituía el credo programático de la revolución y resultaba, a la vez, el resumen del pensamiento martiano sobre política y guerra. En sus líneas, Martí no solo definió los objetivos de la contienda "culto", como en aparente contrasentido calificó a la liza, sino también los que perseguiría el país a su conclusión victoriosa, y quedaron igualmente desnudadas muchas de sus preocupaciones de aquellos instantes. Por eso, postuló que la guerra no sería cuna del desorden y la tiranía cuando llegara la república, la cual, desde la raíz, quedaría libre de "los desacomodos y tanteos" que habían permeado a principios de siglo a las repúblicas hispanoamericanas "feudales y teóricas". Esa república que emergería, se constituiría desde sus raíces "con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción" no condujera a "parcialidades o a la tiranía". Con una profunda penetración de la sociedad cubana y su evolución, señaló las razones que la hacían diferente y no lo permitirían. En Cuba de los rescoldos de la esclavitud no se saldría al feudalismo, y no había ninguna de las demás bases que en América habían propiciado esa evolución torcida. Respeto fue la palabra esencial empleada en algunas de sus precisiones, porque estableció que la revolución "pensadora y magnánima" en marcha no perseguía el triunfo de un partido cubano sobre otro, sino la voluntad de independencia del pueblo y respeto tendrían todos en la república. De igual forma, gozarían de este en ese porvenir el español, neutral y honrado durante la liza, que la acatase y contra quien no iba una guerra que venía de sus hijos. Y también le aseguró al peninsular que en el pecho cubano no habría hacia él odio, como no lo habría para el soldado español, a quien "la crueldad del ejército forzoso" arrancaba de su casa y su terruño para ir a la guerra. Lástima era, expresaba, que el quinto no llegase como hombre libre a un pueblo que podía haberlo acogido

alegremente. Para el español que ayudara a conquistar la libertad, qué otra voluntad habría que la de mirarlo como un cubano más. Duramente arremetió en el documento contra la posibilidad de que se tratara de levantar de nuevo el espantajo del peligro que viniese del cubano negro, y de quien hablase del odio del negro, dijo que ese solo podía ser el que odiase al negro. No hubo en la exposición ofensas para nadie e, incluso, sobre el ejército español, en cuyas filas recordó que había no pocos republicanos, señaló que de la misma forma que este reconocía el valor de los cubanos, los combatientes cubanos respetaban el suyo. Por último, con la visión del amenazante gigante del norte pegada en sus ojos, no dejó de recordar que el guerrero que caía en Cuba lo hacía por la independencia de América.

Quizá pocas veces en la historia de la humanidad se haya escrito con pasión, una proclama de guerra, en que prime ante todo la mayor generosidad y nobleza ni más altura y miras más lejanas. Será torpe y no conocerá las fuerzas que puede generar una revolución bien guiada, quien tilde sus postulados de utópicos.

Los factores decisivos para que la guerra hubiese sobrevivido hasta la llegada de los dirigentes máximos de la contienda, fueron sin dudas, la postura altiva e ineludible de Bartolomé Masó durante aquellos días, su activación de las operaciones militares y el ardiente deseo de independencia de los orientales. El manzanillero, con la bandera enhiesta, supo hacer que la soledad de los bosques no aguardara a los máximos dirigentes de la gesta. Como es lógico, en su auxilio vinieron otros factores, como la no muy numerosa guarnición española destacada en Cuba y las malas comunicaciones entre el occidente y el oriente del país. Mas, dígame lo que se diga, la calentura no estaba en las ropas. El deseo de los cubanos de emprender y sostener la lucha, fue el elemento determinante.

Entretanto, en España, había proseguido la discusión de la ley de reformas Abarzuza-Romero Robledo. Pero, de fondo, la cuestión en debate era la guerra. Según Ana Betancourt, en los momentos del descubrimiento del plan de Fernandina, hasta los diputados más agresivos y

recalcitrantes, como Romero Robledo, se habían vuelto más mansos que un cordero y aceptaron que los parlamentarios cubanos trajeran el asunto de las reformas de la gobernación de la isla a la atención de unas Cortes hasta ahí siempre desdeñosas sobre el tema.<sup>100</sup> Mas, a partir del 24 de febrero, la situación se transformó. En el arco político español, en el cual coexistían, junto con los partidos Conservador y Liberal, corrientes como la carlista, la republicana, la regionalista, la socialista y la anarquista, muy contadas voces postularon buscar un arreglo con los insurgentes. Entre las figuras señeras que se atrevieron a hablar, cuando nadie lo hacía, a favor de un arreglo en Cuba (sin que quiera decir sobre la base de la independencia), estuvieron los ex presidentes de la república Francisco Pi y Margall y Nicolás Salmerón, y aquel hombre limpio que fue Nicolás Estévanez. Por su parte, los partidos canovista y sagastino, a manera de demostración de que en el caso de Cuba la belicosidad constituía una exigencia de las burguesías metropolitana e insular, se volvían desaforados partidarios de aplastar, a cualquier precio, la insurrección. Había que salvar la integridad nacional y el honor de España. Por eso, en el escenario parlamentario, el debate tomó un rumbo en el cual las diferencias no eran muchas: mientras unos planteaban acompañar las medidas militares con las raquícticas reformas del plan en curso, otros solo aceptaban el empleo de la fuerza. Romero Robledo pidió el envío inmediato a la Gran Antilla de 20 000 soldados, y Francisco Silvela, importante político conservador, quizás resumió como nadie la intransigencia de la solución armada con estas palabras: "Las consecuencias y los efectos morales de las reformas se tocarán más adelante, en tiempos lejanos; pero ahora sólo hay que pensar en un medio: el de la fuerza. Con soldados, con barcos, con elementos de guerra es como únicamente se puede restablecer el orden, sin el cual no caben proyectos ni reformas de ninguna clase".<sup>101</sup> En el Senado, Práxedes Mateo Sagasta demostró la debilidad de los políticos que, aun si hubiesen comprendido que tomaban una dirección errada, no tenían el valor moral para señalar otra. Allí dijo que España, para defender sus derechos y su territorio, estaba dispuesta a gastar hasta la última peseta de su tesoro y dar la última gota de sangre de sus hijos.<sup>102</sup> Por su parte, Cánovas diría, poco tiempo después, que aquella constituía una guerra de conservación del territorio nacional, de integridad de la patria.<sup>103</sup> Según sus palabras, Cuba era una provincia española, aunque es poco probable que un político tan sagaz como él lo creyese en serio. Había otras razones muy poderosas que lo impulsaban. Tanto él como Sagasta, apresados en las redes del complejo de intereses de la metrópoli y la isla, basados en la dependencia

colonial, estaban forzados a mantener a Cuba atada firmemente al yugo y a cualquier precio.

No obstante, por fin, en marzo, se aprobaron las leyes de reforma, que el 15 sancionó con su firma la regente María Cristina. Tres días después cayó el gobierno de Sagasta, a causa de la algarada de unos oficiales que atacaron *El Resumen* y *El Globo*, diarios de Madrid, los cuales habían acusado a los uniformados de flojear a la hora de marchar a la guerra en las Antillas, y un gabinete canovista se hizo cargo de las riendas del poder. Sus decisiones inmediatas cubrieron de felicidad a los intransigentes de la península y de Cuba: dejar en suspenso la aplicación de las medidas de reforma hasta que cesase el estado de guerra. El 23 Cánovas del Castillo definió la política que seguiría en cuanto a la guerra de Cuba: la misma postulada por Sagasta, hacerla hasta el último hombre y la última peseta. Ponía la primera piedra de lo que se estimaría un gran desastre en la historia de España, aunque, en realidad, avanzaría espiritualmente al dejar de ser una metrópoli colonial. El periódico de Silvela, el opositor de Cánovas dentro de su propio partido, al referirse a la formación del nuevo gobierno, profetizó: "...nacerá sin prestigio, vivirá con vilipendio y morirá sin gloria".<sup>104</sup>

Y ya que Cánovas se refirió a las pesetas para la contienda, ¿qué se hizo para financiar la querrela? A poco, el gabinete procedería a lanzar al mercado de valores 200 000 billetes hipotecarios de Cuba, de la emisión de 1890, y el ministro de Hacienda trabajó en una reforma de los aranceles para expoliar un poco más la economía de la isla.<sup>105</sup> Los billetes hipotecarios lanzados, con un valor nominal de 122,5 millones de pesos, estaban previstos para la reconversión de la deuda, y al emplearse para el financiamiento de la querrela abrían la espiral que, a partir de entonces, haría escalar el débito de Cuba a niveles descomunales. De otro lado, se le exprimía duramente el bolsillo a los contribuyentes antillanos; pues, si bien se suprimiría el impuesto industrial y se rebajaría en 25 % el de carga, estos se reemplazarían por otros de consumo a los alimentos, alcoholes y medios de arder, mientras se imponía un tributo transitorio del 15 % a todas las importaciones.<sup>106</sup> Es decir, al par de la búsqueda de una alianza con los hasta ahí castigados hacendados y manufactureros, al privilegiarlos con la supresión de impuestos directos, se agravaba con nuevas cargas indirectas la situación de los consumidores, de la población. Además, en octubre se contrataría un crédito de 50 millones de francos, al 5,5 %, con el Banco de París y de los Países Bajos, el Paribas.<sup>107</sup> Con esta suma de

medidas financieras e impositivas, el pueblo cubano de nuevo tendría que pagar la guerra que se le hacía a sus hijos.

Si con una guerra muchos pierden, otros ganan mucho. Los bancos Hispano Colonial y de Castilla, ambos del grupo Comillas, batieron palmas: su negocio iba a seguir creciendo. El tesoro español, sin liquidez alguna, azotado durante los últimos años por continuos desbalaces del presupuesto (entre los años 90 y 93 había cerrado con déficit), lo que en 1891 lo obligó ya a elevar a 1 500 millones de pesetas el límite legal de la emisión fiduciaria del Banco de España,<sup>108</sup> no podía hacer otra cosa que pedir dinero a préstamo. Por igual, ebulló de alegría Trasatlántica Española, también del grupo Comillas, la cual empezó a calcular lo que ganaría con el transporte de tropas. Los abastecedores del ejército en la península y la isla, no pudieron estremecerse a cuenta de una mayor dicha. Toda la taifa de los mercaderes de la sangre, al recuerdo de los pingües beneficios de la Guerra de los Diez Años, desearon entonces que la campaña se prolongara tanto como aquella.

Por su parte, en Cuba, los autonomistas iban comprobando por momentos que su partido se convertía en un cadáver político. Las masas escapaban de aquel barco escorado que se iría irremediablemente a pique, y hubo localidades donde con las masas también los dirigentes tomaron las de Villadiego. Incluso, más prudentes, antes del estallido algunos órganos de dirección del partido optaron por desaparecer: el comité provincial de Santiago de Cuba se había disuelto el 18 de enero, por considerar inútil su existencia.<sup>109</sup> Razón tenía Martí, cuando el 26 de febrero escribió a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra para orientarles que en la propaganda hicieran ver que la revolución no vería "en el cubano de hoy, el autonomista de ayer".<sup>110</sup>

Este mensaje de Martí, que tendía puentes, no lo recibiría la cúpula del partido de Gálvez, encerrada en su castillo de planes ideales para no ver la realidad y que los acercaban más al obispo Berkeley que a Hegel. Por eso, en un gesto delirante, el 5 de abril, cometieron el definitivo y verdadero acto suicida de la organización: publicaron en *El País*, con ademán de Gulliveres entre pulgarcitos obligados a escuchar la única palabra sabia y profética que podía pronunciarse en la isla, un ceremonioso manifiesto en el cual apostaban por la colonia y condenaban la revolución, a la que

habían sido arrastradas las clases "más ignorantes y desvalidas de la población".<sup>111</sup> Un error político, como el de aquel texto, cometido con la fe que se cometiera, nunca podría perdonárseles. Debe hacerse notar que, además de las firmas de los integrantes de la junta central del partido que calzaban el documento, estuviesen las del banquero Carlos de Zaldo y el hacendado Emilio Terry y las de Diego Tamayo, José María García Montes, Leopoldo Cancio y Francisco Zayas. Zaldo, Terry, Tamayo y Cancio, en distintos momentos de auge de la revolución, se unirían con diversa intensidad al círculo que se nucleaba junto a Estrada Palma en Nueva York y, García Montes y Cancio, en el gabinete de Brooke, durante la primera intervención de Estados Unidos, fueron subsecretarios de Estado y Gobierno y Finanzas, respectivamente. También cabe recordar que, en el primer gobierno de es república independiente que de inicio combatieron, los cinco primeros fueron secretarios de despacho (ministros) de Estrada Palma. Por igual, Cancio y, desde luego, el firmante Montoro, el más influyente y procolonialista de los miembros de la cúpula autonomista, lo fueron en los gobiernos de Mario García Menocal. Por último, Francisco Zayas entraría en el gabinete de Alfredo Zayas.

A tanto llegó la elite autonomista en su colaboracionismo, que ordenaron reclutar adeptos para establecer bases de operaciones en el río Tana, entre Oriente y Camagüey, para ayudar a confinar la revolución lo más al este posible.<sup>112</sup>

La petición de Romero Robledo en Cortes de enviar de inmediato refuerzos a Cuba y la respuesta del Ministerio de la Guerra a la petición de Calleja, no se hizo esperar: el 7 de marzo partía de Cádiz el *Santo Domingo*, que conducía parte de la primera expedición de tropas. En esta nave viajaban 2 generales, 31 oficiales superiores, 258 oficiales, 187 sargentos y 8 115 cabos y soldados. Además, el 13 de marzo, al informarle el ministro de la Guerra a Calleja que ya habían embarcado ocho batallones rumbo a Cuba, añadía que en breve marcharían 2 400 reclutas y que tenía dispuestos para salir 8 000 elementos de tropa tan pronto el capitán general los pidiera.<sup>113</sup> En total, hasta septiembre, España pondría en suelo cubano 12 generales, 230 oficiales superiores, 2 477 oficiales, 1 675 sargentos y 53 745 cabos y soldados. Es decir, unos 58 000 hombres que se añadirían a las tropas de línea ya presentes y los miembros de los cuerpos de orden público, guardia civil, infantería de

marina y voluntarios movilizados. Además, hasta la fecha se enviaron 14 cañones plascencia con cerca de 7 000 proyectiles, más de 13 000 fusiles máuser modelo argentino, de 1893, más de 15 millones de cartuchos de pólvora sin humo y cabeza blindada de acero, así como otros materiales de guerra en cantidades abundantes.<sup>114</sup> Para adicionar elementos bélicos, el gobierno español adquirió en Estados Unidos 40 embarcaciones para la vigilancia de las costas cubanas. Otras cifras señalan que, hasta diciembre, España desplegaría en campaña 113 000 hombres.<sup>115</sup> Las fuerzas sumadas demuestran una reacción militar indiscutiblemente rápida y vigorosa para la época.

Al llegar abril, el número de insurrectos cubanos podría andar por los 4 000 hombres,<sup>116</sup> mal armados y todavía en vías de solidificar su organización y disciplina.

En los campos de Cuba libre, el 15 de abril, Martí escribió a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra: "Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida".<sup>117</sup> Y también les daba instrucciones de cómo debían llevar a cabo la propaganda de guerra y el abastecimiento de armas y municiones para la manigua, aunque les llamaba la atención de que no enviaran combatientes (armas, y pronto, repetiría días más tarde). Todavía sostenía, a pesar del revés de Fernandina, que la campaña debía ser "de fuerza, corta y ruda" y para eso se necesitaban pertrechos muy abundantes y, con tal fin, dinero. Como tiempo atrás había sentenciado Maceo, quien en ese momento armaba sus fuerzas con los fusiles tomados a las tropas españolas, para hacer la guerra se requería oro, mucho oro. Resulta evidente que Martí seguía teniendo por divisa la guerra breve, con el propósito de tratar de evitar la devastación que asustara a los propietarios y, sobre todo, por razones de más largo alcance: de él no se apartaba el temor de que una guerra prolongada trajera la injerencia del vecino del norte. Igualmente, en esta carta redactada en las cercanías de Baracoa preguntaba por la eventualidad de la llegada a Cuba de Enrique Collazo, Carlos Roloff, Serafín Sánchez, Calixto García y Carlos Manuel de Céspedes.

Otra de las cuestiones de que trataba en esta misiva era sobre la posibilidad de su salida de la manigua; sin embargo, el tono se volvía más sosegado que los empleados en la carta a Estrada

Palma. Expresaba: "Si no se me compele, ni me compele mi deber, a volver allá, con los hechos de aquí veré de abrirles grandes fuentes allá, dos o tres buenas fuentes". Y en nota adjunta para Estrada Palma, en la cual le pedía se convirtiera en consejero de Quesada y Guerra, llenaba de ternura la imagen de Máximo Gómez y su "grandeza" y señalaba que el general veía "el grave caso político", en que estaban y juntos lo encararían "felizmente".<sup>118</sup> Cuál podía ser ese caso político, sino la formación del gobierno de la revolución.

En cuanto a Gómez, no se mostraría menos cariñoso hacía Martí y, sobre todo, evidenciaba la preocupación que tenía por su vida, que bien comprendía estaba ahora a su cuidado. Constituía una responsabilidad mayúscula aquel hombre, al que le había nacido un gran forúnculo en la pierna derecha, que le dificultaba cargar el machete y el revólver, y, sin embargo, no exhalaba queja alguna. A Gonzalo de Quesada, escribió Gómez: "Este veterano de la tribuna lo está siendo aquí ahora con la misma fuerza y valentía. La prueba ha sido dura, pero no ha cedido él ni un punto a los que de viejo sabíamos quebrar la sierras y dominar la sed y el cansancio. Todos queremos a tu maestro como él se merece que lo quieran; y lo cuidamos".<sup>119</sup>

En esos días, como si hubiese escuchado el llamado de Martí, Calixto García, desde Madrid, escribió a Gonzalo de Quesada. Si bien sus palabras se volvían casi las de un moribundo y decía que se fatigaba apenas andaba un poco, lo que según los médicos era a causa de un "infarto en los pulmones", añadía que, no obstante, su deseo era ir a morir a Cuba en cumplimiento de su deber. Entonces, le confiaba: "La carta de mi querido Martí me ha entusiasmado y espero que podré darle un abrigo en Cuba; pe. si esto no resultare, no será por falta de deseo".<sup>120</sup> ¿Qué sortilegio ocultaba en sus palabras aquel hombre apostólico que, con unas pocas que había dirigido semanas antes al holguinero, lograba que un moribundo quisiera volverse sano para ir a morir por la patria y hacía que hasta alguna opinión peyorativa anterior se transformaran de golpe en afecto?

Aquel mismo día que Martí escribió a los dos encargados eventuales del partido, se había producido un suceso emocionante. Encabezados por Gómez, en el vivac donde estaban, se separaron de él los militares que estaban allí, Ángel Guerra, Félix Ruenes y Paquito Borrero, y en reunión acordaron

aprobar la designación hecha por el general en jefe del escritor y poeta, como mayor general. Luego lo llamaron, y el dominicano le comunicó la decisión. Los abrazos lo estrecharon y sintió el enternecimiento del viejo general hacia él. "¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años!", comentaría Martí.<sup>121</sup> Pensar que darle rango militar en el ejército se había hecho para que el organizador de la revolución quedara, de esa forma, sujeto al mando de la guerra y entonces poder ordenarle salir de la manigua, no tiene fundamento alguno. Martí era el delegado del Partido Revolucionario Cubano, su primer dirigente, y desde ese punto de vista no podía ser sometido a decisiones militares, como si se tratara de un recluta. Sin dudas, solo se buscaba con esa acción reconocer el papel desempeñado por Martí, como el hombre iluminado que había logrado levantar la revolución y darle paso a su expresión armada, la guerra emancipadora.

Por entonces, Martí y Gómez no sabían que las autoridades españolas habían tomado una decisión apurada, que creyeron casi mágica para conjurar la conflagración en Cuba: enviar a todo correr a la isla, como gobernador general y general en jefe de las fuerzas españolas, al mejor de sus militares políticos, Arsenio Martínez de Campos. *El Pacificador* sería el encargado de apagar los fuegos de largos años de errores, y en todo caso, si fracasaba, su nombre se volvería sombrilla suficiente para ahorrarle cualquier crítica al gabinete de Madrid, presidido por Antonio Cánovas del Castillo. Suya ahora sería toda la responsabilidad. El ministro Antonio María Fabié, amigo del general, trató de convencerlo de que no aceptara la encomienda, pues, según le comunicó, los informes de que disponía le decían que esta vez la insurrección tenía un vigor diferente a la anterior, y cubanos blancos y negros estaban al lado de la revolución. Martínez Campos le respondió que aceptaba su juicio, pero convenía ahogar el movimiento en sus inicios.<sup>122</sup>

El 16 de abril, desembarcó en Santiago de Cuba aquel hombre que, por segunda vez, se hacía cargo del mando de la isla. De manera curiosa, Calleja, al anunciar a Madrid la llegada y que le hacía entrega de la poltrona del palacio de la plaza de Armas de la Habana, añadía: "Noticias consulares participan hallarse Gómez con seis cubanos Isla Inagua y Lcret con varios en Jamaica. Ambos cabecillas con propósitos expedición. Fuerzas de Holguin alcanzaron en Ciego Rioja partida Miró

[José Miró Argenter] cojiéndole convoy raciones batiendola segunda vez en los Coscones dispersandola causandole un muerto tres heridos. Continuan pacíficas restantes provincias".<sup>123</sup> Es decir, esta vez el espionaje español se mostraba ineficiente. El 12, cuando Martí y Gómez ya pisaban tierra cubana, los agentes en Nueva York todavía los creían listos para salir de las costas de la gran urbe del norte rumbo a Cuba y, el 16, cuando ya Martí anotaba que andaba loma arriba, pasaba ríos con el agua al muslo y arribaba al Jobo, para hacer campamento en un rincón de palmas,<sup>124</sup> lo hacían junto a Gómez en Inagua, rumbo a Puerto Antonio, Jamaica.<sup>125</sup> Solo el día 17, Martínez Campos comunicaría a La Habana -de forma inexacta- que "el día catorce habían desembarcado en Cajobabo, Sur de Baracoa, Máximo Gómez y Martí con siete hombres".<sup>126</sup>

Al llegar, Martínez Campos preguntó si se había comunicado por cable la orden de implantar en Cuba las reformas en la administración y gobierno de la isla aprobadas en las Cortes el 14 de marzo,<sup>127</sup> lo cual posiblemente quiere decir que Cánovas del Castillo le había dicho que instruiría se les dieran curso. Desde luego, esto no había sucedido y el pronunciado de Sagunto debe haber sido víctima de un engaño. Esa presunción queda probada, porque años después, ya fuera del mando, en carta al ministro de la Guerra, Martínez Campos consideraría que a su debido tiempo no se le habían proporcionado "los medios políticos" que se le habían prometido "y aun ciertos administrativos y sin los cuales no hubiera aceptado [la capitanía general de Cuba]".<sup>128</sup>

En el orden militar, la táctica de Martínez Campos se puso en evidencia de inmediato cuando permaneció algunos días en la provincia de Oriente y no continuó enseguida a La Habana: allí quiso organizar el inicio de las operaciones militares, para confinar de inmediato a las fuerzas mambisas en aquel territorio y darles el golpe de muerte antes de que la insurrección se propagase al resto de la isla. El 16 de abril dictó una minuciosa Instrucción General en la que dividía "la provincia de Santiago de Cuba", en tres jurisdicciones militares: la sur, hasta a la unión del Cauto y el Contramaestre; la de Bayamo, hasta la desembocadura del Cauto, y la norte, que correspondía a la jurisdicción de Holguín. Según disponía, las columnas tendrían el tamaño de la mayor partida que recorriera la zona y debían atacarlas siempre que su número no excediera tres veces las fuerzas propias. Alertaba contra la exageración sobre el número del enemigo, las bajas causadas, la duración

del combate o la simulación de cargas a la bayoneta, y amenazaba a los embusteros con someterlos a los tribunales por el delito de falsedad. Tajantemente prohibía rematar heridos y maltratar prisioneros. Los presentados, excepto los jefes y cabecillas sobre los cuales él resolvería, serían puestos en libertad. También, él decidiría personalmente la suerte de los prisioneros, y las prisioneras que no fueran puestas en libertad en los poblados dormirían cerca del jefe de la columna y debían ser guardadas por centinelas que no debían permitir que nadie se les acercara. Asimismo, recomendaba dar a los habitantes del campo y los poblados el mejor trato.<sup>129</sup>

En adición a estas medidas, Martínez Campos le comunicaría al sustituido Calleja que aumentaría y reorganizaría las columnas de voluntarios, con las cuales protegería las grandes ciudades, y enviaría las tropas regulares a los campos. También le daba a conocer que si la insurrección se extendía a Puerto Príncipe pediría nuevos refuerzos. En esta comunicación ya daba síntomas de que la situación no se mostraba nada halagüeña, porque reconocía que la insurrección iba en aumento.<sup>130</sup>

Como demostración de que el general no solo era un militar sino también un político, que no pretendía hacer depender su victoria únicamente de los resultados del campo de batalla proclamó un perdón para quienes depusieran de inmediato las armas y anunció para después las reformas políticas. Pensaba que la misma conducta con que había logrado ponerle punto final a la Guerra de los Diez Años, podría dar nuevamente frutos. Pronto comprendería que, esta vez, la realidad se volvía distinta.

En efecto, unas décimas que circularían, entonadas por las tropas del país ibérico, señalarían el talante de los insurrectos por aquellos días: "Ha llegado un general/ llamado Martínez Campos/ con cien mil soldados blancos/a bayoneta calá./Máximo Gómez mulato/ jefe de la insurrección/ le ha dicho a Martínez Campos/ con palabritas de amor/ yo no temo a tus soldados/ aunque los tengas a miles/ yo también tengo fusiles/ como los de tu campaña/ si no dejas a Cuba libre/ de luto se viste España.

Uno de los hechos de armas que en lo inmediato mostró también el ánimo de combate de los

insurgentes y protegió la marcha de Martí y Gómez hacia el centro de la provincia, se produjo el 24 de abril, en Arroyo Hondo. José Maceo se hallaba acampado en Filipinas, con una fuerza de unos 200 hombres, cuando recibió la orden de Gómez de que se le reuniera. Esto, y la noticia de que tres columnas españolas estaban tras el rastro de los expedicionarios lo cual, como lo demuestran los informes militares españoles, era cierto,<sup>131</sup> hizo que, de inmediato, José Maceo ordenara montar y recorriera de un tirón 12 leguas. Sin dudas, mucho lo animaba encontrarse con Martí, por quien sentía viva devoción. "Solo Martí pudo sacarme de mi nido de amores", aseguraría aquel hombre que, al venir a la guerra, estaba prácticamente recién casado.

Al empinarse el sol hacia el cenit, después de una marcha fatigosa durante toda la noche, las fuerzas mambisas de José Maceo se aproximaban al caserío de Arroyo Hondo, cuando su vanguardia tomó contacto con una columna española de unos 600 efectivos procedentes de Guantánamo, al mando del coronel Juan Copello. El combate fue rudo, encarnizado: la parte española tuvo más de cien bajas entre muertos y heridos, la cubana unos 70, entre ellas la del bravo coronel, veterano de la Guerra Vieja, Alcid Duverger.<sup>132</sup> La tropa española, que según Martínez Campos informaría al ministro de la Guerra, general Marcelo Azcárraga, había batido al enemigo,<sup>133</sup> en realidad después de recibir duro castigo se retiró maltrecha rumbo a Guantánamo y el general José quedó dueño del campo. Como se evidencia, al toque de los Maceo, la guerra se calentaba de forma meteórica.

Martí y Gómez habían escuchado el combate. El día anterior, el poeta devenido mayor general por la demanda de la patria, había oteado con tanto alcance la acechanza del enemigo, que escribió: "Se siente el peligro. Desde el Palenque nos van siguiendo la huellas. Por aquí pueden caer los indios de Garrido".<sup>134</sup> Después, habían pernoctado muy cerca de Arroyo Hondo, en Cabezadas de Yuraguana. Avanzaban monteando, cuando empezó el tiroteo. Gómez no quiso proseguir porque no podía establecer de que lado estaban las fuerzas propias. El Apóstol describiría magistralmente en su diario los momentos del combate y, luego, en medio del entusiasmo que los rodeó, los de su incorporación a las fuerzas del general Maceo: "A las once redondo tiroteo. Tiro graneado, que retumba; contra tiros velados y secos. Como a nuestros mismos pies es el combate; entran, pesadas, tres balas que dan en los troncos. ¡Qué bonito es un tiroteo de lejos!", dice el muchachón agraciado de San

Antonio, un niño. `Más bonito es de cerca', dice el viejo. Siguiendo nuestro camino el tiroteo se espesa. Magdeleno, sentado contra un tronco, recorta adornos en su jigüera nueva. Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel y chocolate de `La Imperial' de Santiago de Cuba. -A poco las noticias nos vienen del pueblo. Y ya han visto entrar un muerto, y 25 heridos. Maceo vino a buscarnos, y espera en los alrededores: a Maceo, alegremente. Dije en carta a Carmita: -`En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo; los caballos que han tomado a la guardia civil: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo y nos calzan la espuela, ¿cómo no me inspira horror, la mancha de sangre que vi en el camino? ¿ni la sangre a medio secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendimos la marcha de la victoria, de vuelta al campamento".<sup>135</sup>

Durante el período que estuvieron juntos, José Maceo, de quien se dice que en la exaltada emoción del encuentro con Martí tan pronto estuvo a su lado lo alzó en vilo, le hizo un presente: un caballo bayo claro de crines rubias, de seis y media cuartas y mucho nervio, *Baconao*.

Con la prevención de que la llegada del general segoviano pudiera significar un nuevo ensayo de la táctica de El Zanjón, Martí y Gómez firmaron el 26 de abril una circular dirigida a los jefes mambises, en la cual se les imponía que si en cualquier forma y por cualquier persona se le presentaran "proposiciones de rendición, cesación de hostilidades o arreglo" que no fuese "el reconocimiento de la independencia absoluta de Cuba", lo cual solo podría tratarse de un "ardid de guerra para aislar o perturbar la Revolución", castigaran "sumariamente el delito con la pena asignada a los traidores a la Patria".<sup>136</sup> No solo resultaba de hecho el restablecimiento del decreto Spotorno, de la Guerra de los Diez Años, sino la proclamación de que la pelea no terminaría hasta que Cuba no consiguiera sus fines irredentistas. De paso, esta firma conjunta pero independiente, de Martí y Gómez, como delegado del partido y general en jefe del ejército mambí, respectivamente, demostraba que la designación del delegado como mayor general no tenía el propósito de que quedara subordinado al mando militar.

A todas estas, ese mismo día 26, durante el trayecto rumbo a la zona donde estaba el general Bartolomé Masó, en que Martí marchaba con la idea fija de dar forma al gobierno "para mayor autoridad y presteza",<sup>137</sup> y Gómez buscaba entrar en Camagüey, con el propósito de rebelar la provincia (ya había pequeñas partidas alzadas en el territorio, porque el 21 de abril, Joaquín Castillo López, antiguo comandante de la Guerra de los Diez Años, se había lanzado al campo en Arroyo Blanco y Guadalupe junto con 25 o 30 hombres más),<sup>138</sup> y mientras iban al encuentro de Antonio Maceo con vista a fijar la estrategia a seguir, Martí y Gómez también de forma conjunta firmaron dos comunicaciones. En una al teniente coronel Félix Ruenes, como jefe de las fuerzas de Baracoa, le instruían que el pueblo libre de su zona y los hombres en armas debía elegir un representante que marchara adonde estuviera el general Masó, para que reunidos "sin pérdidas de tiempo" con los de las demás comarcas acordaran "la forma hábil y solemne de gobierno" de la revolución<sup>139</sup> y, en una segunda, llamaban a los propietarios, cubanos o españoles, a cooperar para el triunfo en una guerra que aspiraba a conseguir, "por medios generosos y sin devastación inútil", la emancipación de Cuba e insistían en que, después de la victoria, todos podrían vivir en amistad y se respetarían en su bienestar.<sup>140</sup> Esta última evidenciaba que José Martí no había perdido la fe de que esa resultaría "la revolución unida de españoles y cubanos",<sup>141</sup> creencia que debe haberse estimulado al ver en las tropas de Ruenes a un asturiano y un vizcaíno.

Desde luego, no serían propietarios españoles quienes se unirían a la causa revolucionaria, sino en general humildes panaderos, carpinteros, labradores, tabaqueros, tipógrafos, zapateros, no pocos de los cuales eran quintos que se pasarían a las filas mambisas. Y, de nuevo, el 28, en Vuelta Corta, él y Máximo Gómez firmaron conjuntamente una circular muy importante en la cual establecían la política de guerra insurgente. En esta definían: "La guerra debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra persona y propiedades, y de toda demostración o indicación de odio al español (...) En cuanto a las propiedades, se respetarán todas aquellas que nos respeten, y sólo se destruirán, después de anuncios reiterados y de la prueba completa de su hostilidad, aquellas de que se sirva o asile habitualmente el enemigo: o alberguen al cubano que hace armas contra la Revolución".<sup>142</sup>

En eso, llegó el 2 de mayo. Un avisado corresponsal del *Herald*, de Nueva York, George Eugene Bryson logró hallar a Martí y Gómez en la finca Leonor, más allá del cafetal Kentucky. Esa noche y hasta las 3 de la madrugada, el delegado escribió para ese periódico una larga carta manifiesto en torno a las "razones, composiciones y fines de la Revolución".<sup>143</sup> También, la firmó Gómez. La revolución, señalaba, era la continuación de la contienda entablada en el 68 y se llevaba adelante a causa de las incompatibilidades nacionales de Cuba y España. La península, sin fuentes de producción, retrasaba a Cuba y se hacía imprescindible eliminar, de una vez, el ahogo que imponía el proteccionismo ibérico sobre el mercado insular. Por otra parte, debía eliminarse el pago que Cuba estaba obligada a hacer de una deuda exterior que no era suya, contraída por España para debelar las armas mambisas en la querrela del 68 o pagar las guerras emprendidas en América posteriores a la independencia y hasta los gastos de colonias en África. Cuba también debía terminar con su estado de mera presa para funcionarios venales y desterrar un gobierno que la corrompía. Describía entonces el carácter nacional cubano y cómo lo había forjado la Guerra Grande, y aquilataba que ese carácter amaba la independencia, para la cual tenía el cubano sobrada capacidad. A la par, martilleaba en el factor geopolítico, y para que lo escucharan los estadounidenses les decía que Cuba comprendía los deberes que le imponían quedar colocada en el lazo de tres mundos y en la boca de canales interoceánicos que se abrirían en la América Central. Por igual, como no olvidaba que debía despertar el interés de los vecinos del norte hacia la causa cubana, dejaba ver que la mayor de las Antillas debía ser libre para que el comercio con la región pudiera desarrollarse sin trabas. En dos factores confiaba Martí, según exponía, para alcanzar el final victorioso de aquella porfía que hermanados comenzaban a librar blancos y negros: que el soldado español peleara flojamente y el tesoro de España no pudiera sostener sus gastos. Sobre todo, porque la isla no estaba en posibilidad de pagar la guerra y ya no contaba con aquellos caudales cubanos que, durante la Guerra de los Diez Años, habían provisto a la Junta de Bienes Embargados.

De manera cuidadosa, el documento resaltaba que no pedía ayuda a la América española, porque firmar su deshonra quien la negara y al pueblo de Estados Unidos nada diría, sino mostrar aquellas legiones de combatientes para que hiciera lo que debía hacer. Del mundo, no podía sino preguntar si se mantendría indiferente o impío ante el sacrificio de un pueblo que luchaba por abrirse a la

humanidad.

Desde la finca Las Mercedes, en Jarahueca, el delegado escribió al general Maceo, quien se había excusado de encontrarlos con la alegación de operaciones militares emprendidas. Después de hacerle un reproche cariñoso por no haber podido verlo todavía para estrecharlo en sus brazos, se refería a la formación del gobierno ante el cual depondría su cargo de delegado. También, le requería que enviara los representantes para la formación de la asamblea que tendría la tarea de formar un gobierno "simple y eficaz, útil, amado, uno, respetable, viable".<sup>144</sup> Como siempre orillaba ir más allá en las definiciones en relación con la forma que él propondría adoptara.

Gómez ya desistía de encontrarse con Maceo y había decidido seguir a Camagüey, por lo que pensó dejarle un documento en que anotaba sus instrucciones, cuando, a poco, se supo que por fin se avistarían con el héroe de los Mangos de Baraguá. Por eso, Martí, jubiloso, en misiva que le dirigió de inmediato, de manera transparentemente ansiosa, le refirió que Gómez buscaba una ruta para ir a su encuentro.<sup>145</sup>

Seguramente, hasta ahí, preocupado, intranquilo por la reacción de Maceo ante la designación de Flor Crombet para dirigir la expedición que había traído al general a Cuba, Martí debe haber sentido que su espíritu recuperaba el compás, al saber que tendría frente a frente al caudillo y podría borrar con sus palabras cualquier disgusto, cualquier malquerencia. Con toda certeza, los hechos deben haberle alumbrado que había resquemor anidado en el ánimo del general Antonio.

En efecto, lo había. Desde su llegada, Maceo había asumido la jefatura militar de la provincia de Oriente y el 28 de abril le había escrito a Masó para que Amador Guerra, con sus fuerzas, fuera al encuentro del "General Máximo Gómez, el brigadier Félix Francisco Borrero y el doctor Martí", y los condujera a Camagüey.<sup>146</sup> No solo no hablaba de reunirse con ellos, sino que, en realidad, parecía eludirlos. Es cierto que Maceo trabajaba con afán para convertir aquella mezcla de viejos combatientes y soldados sin fogeo de que disponía, en una maquinaria bélica a la altura de las

misiones que se proponía desarrollar, y tanto era su movimiento que confundía al enemigo. El 2 de mayo, el general Federico Alonso Gasco informaba que el comandante militar de Alto Songo anunciaba que Maceo había pasado por las cercanías del poblado al frente de dos mil hombres, con rumbo a Dos Caminos, y, con el temor de un ataque sobre esa población, había enviado hacia allí urgentes refuerzos;<sup>147</sup> y, como si el caudillo cubano tuviese el don de la ubicuidad, poco después, en otra nota, Gasco aseguraba que a las 11 de la noche de ese mismo día el comandante de armas de Palma Soriano le alertaba de que Maceo y Rabí estaban a la vista de esa localidad y tenían la intención de atacarlo e incendiarlo.<sup>148</sup>

Sin embargo, a pesar de todo, los movimientos militares de Maceo no parecían que fueran capaces de impedir que después de tantos días no hubiese buscado una oportunidad para encontrarse con los otros dos jefes de la revolución; mucho más, cuando se hacía imperiosa la necesidad de intercambiar criterios en torno a la marcha de la campaña y las demás tareas que los aguardaban. ¿Había flaqueado el acercamiento de Maceo a Martí e, incluso, a Gómez? Con toda probabilidad, sí; pero, cómo olvidar lo que podían influir en él todas las injusticias de que había sido víctima durante unos esfuerzos por la independencia, que solo eran comparables a los de quien mayores los hubiese hecho, y que podían llevarlo fácilmente, como ser humano, a recelar de que se le hubiera querido disminuir o desdeñar al entregar a Flor Crombet el mando de la expedición que lo llevaría a Cuba. En aquellos momentos, la conducta de Maceo parecía afirmar que para él se habían vaciado unas palabras de Martí, casi a la vista de los barcos de Fernandina: "Delante de mí, en instantes en que acaso no se creía Vd. tan observado, ni tan digno de observación, se me mostró Vd. un día lleno del gozo infantil, y del denuedo invencible, de la pura virtud: lo vi sereno, abnegado, magnífico; lo vi superior al mundo, injusto a veces, y capaz de triunfar de él con su juicio redondo y sagaz y su corazón disciplinado y desinteresado".<sup>149</sup>

Por fin, el día 5, tuvo lugar el encuentro inevitable y los tres jefes de la revolución conferenciaron en la casa del administrador de la colonia de cañas del antiguo ingenio Mejorana, Germán Álvarez. Era una casa de campo amplia de cuatro habitaciones, con un hermoso flamboyán en el patio posterior. Lo que quizá no sabían los congregados, era que aquella residencia donde se iba a producir el

encuentro más trascendental de la revolución resultaba conocida de los mandos españoles como lugar de visita frecuente de los mambises. Tan cercanamente, como los días 1ro. y 2, el jefe del destacamento español de Dos Caminos comunicaba que se hallaban en el ingenio unos 500 insurgentes<sup>150</sup> y el 3 el comandante de San Luis ponía en conocimiento de sus jefes que la noche anterior Maceo había dormido en la cercanías del ingenio.<sup>151</sup>

No fue cordial la entrevista entre el abogado que calzaba alpargatas, el general vestido con traje de holanda gris y el viejo militar de saco azul y sombrero de ala corta, sino áspera, enojosa. La primera parte se desarrolló en el portal y en una habitación de la casa y, después, en la mesa del almuerzo.

Según el entonces alférez Ramón Garriga, asignado como ayudante de Martí, y a quien este había conocido de niño en Nueva York y le había regalado un libro, *Los héroes del calvario*, en el que escribió como dedicatoria "Al caballero Ramón",<sup>152</sup> y con quien más tarde siguió en contacto cuando este vivió en la casa de huéspedes de Carmen Miyares, en los momentos en que estudiaba ingeniería en Estados Unidos, la mesa del almuerzo estaba dispuesta debajo del flamboyán del patio. En ella, en aquel momento marcado por el debate que se desarrollaba entre los líderes, se sentaron 18 personas: Gómez en el centro, Martí a su derecha y Antonio Maceo a la izquierda. A la derecha del Apóstol, José Maceo; y a la izquierda del general Antonio, Paquito Borrero y Jesús Rabí.<sup>153</sup> El administrador de la hacienda, Germán Álvarez, también ocupó un lugar en la mesa.

El relato más pulcro de lo acontecido aquella mañana en la casa del ingenio Mejorana no puede ser otro que el de José Martí: "Maceo y G. hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes, -y una Secretaría General:- la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército. Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: ¿pero V. se queda conmigo o se va con Gómez?' Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido -lo quiero -me dice- menos de lo que lo quería'- por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los

representantes que se reúnan a elegir gobierno. No quiere que cada jefe de operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: `dentro de 15 días estarán con Ud. -y serán gentes que no me las pueda enredar allá el doctor Martí'.- En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadano de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo: el Ejército, libre, -y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir".<sup>154</sup>

Por fin se hablaba de la forma que debía adoptar la dirección de la revolución y, aunque a Martí no le eran ajenos en absoluto los resultados que para la independencia y la libertad habían traído los dissentimientos, rencillas ruines y deslealtades del 68 y tampoco las discrepancias de la Guerra Chiquita, mantenía la necesidad de conjugar los factores de dirección de la contienda. Desde luego, comprendía que la fórmula a establecer no podía resultar fácil y se requería de una gran autoridad moral o, al menos, de una gran ecuanimidad y una actuación prudente de quienes se vieran envueltos en ella para que no estallaran conflictos. Sin embargo, no creía que había alternativas para alcanzarlas y de un plumazo las había sintetizado.

Sus ideas las repetiría más ampliamente, el 18 de mayo, desde el campamento de Dos Ríos, en su carta a su gran amigo mexicano, Manuel Mercado. En esta le diría: "La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y repetible representación republicana, -la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de los hombres, hombres son quienes las hacen".<sup>155</sup>

En cuanto al gran guerrero oriental, la preocupación mostrada no era para menos. Con amargura había visto los perjuicios que en la Guerra de los Diez Años habían traído las prevenciones civilistas. Las convicciones que mantenía en aquellos momentos sobre la constitución del gobierno quedarían meridianamente expuestas en una carta dirigida a Masó, en julio. En ella confesaba que, a la llegada de Martí y Gómez, creía "un lujo prematuro la formación de Gobierno".<sup>156</sup> Sin embargo, hay que alertar que también le fiaría a Masó que, a esas alturas, ya había mudado de criterio y estaba a favor de la creación del gobierno.

Por cierto, resulta interesante saber que en aquellos instantes el general José Maceo no compartía los criterios de su hermano Antonio. Dos días antes del encuentro en la Mejorana, había comunicado a Martí y Gómez, casi con las mismas palabras del Maestro: "En contestación á su atenta comunicacion de veinte y seis de Abril ppdo me es grato comunicar á Vd. que el ciudadano Rafael M. Portuondo Tamayo á quien esta carta sirve de credencial de su alta comisión, ha sido electo representante de las fuerzas bajo mi mando, para tomar parte, en ese caracter en las deliberaciones y decisiones de la Asamblea de Delegados que ha de determinar en la forma de Gobierno de la Republica en certidumbre de que la Asamblea corresponderá plenamente á su delicada misión de dar á la Revolución un Gobierno viable, capaz de acción y digno de respeto".<sup>157</sup>

Nada apuntó Martí sobre las posiciones que mantuvo aquel día Gómez, en la disputa de la Mejorana. ¿Estuvo de acuerdo con él o con Maceo? ¿No opinó? De tomar unas palabras de una comunicación de poco antes a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, se pone de manifiesto que tenía puntos de vista que le permitían aceptar los criterios de Martí, porque el Maestro le había expresado a sus colaboradores del partido: "Con mimo, más que con cariño, trata al Delegado el General en Jefe, y el hombre al hombre, y de sí propio ha ido cuajando el pensamiento natural, que es el de reunir representantes de todas las masas cubanas alzadas, para que ellos, sin considerarse totales y definitivos, ni cerrar el paso a los que han de venir, den a la revolución formas breves y solemnes de república, y viables, por no salirse de la realidad, y contener a un tiempo la actual y la venidera".<sup>158</sup>

Al parecer, en aquella entrevista también se debatió la invasión a occidente, el sueño de los generales Gómez y Maceo. ¿Hubo que conciliar criterios? Los dos caudillos de la guerra eran fervientes partidarios de la marcha al poniente, pero, ¿debía fortalecerse primero Oriente o avanzar enseguida? Hay diferentes versiones sobre la tesis que sostuvieron ambos jefes en relación con el momento del inicio de esa campaña. Parece lo más probable que Gómez le pidiera a Maceo que atrajera sobre sí al enemigo, mientras él se movía a Camagüey y lo levantaba. En cuanto a Martí, dado su empeño de acelerar la marcha de la guerra y acortar cuanto se pudiera el término de la victoria, da la impresión de que estuvo por la tesis de emprender el rumbo hacia occidente inmediatamente después de constituir el gobierno. Y esto, tendría lugar en fecha no muy lejana. Las circulares que a poco redactaría para pedir la designación de delegados a la reunión que establecería el gobierno, apuntan que este paso se daría enseguida y no en la fecha cuando, más adelante, se celebró la asamblea de Jimaguayú. De tomar los hechos que siguieron, como base para determinar qué se acordó en la Mejorana, se tendría que la resolución final estableció que Gómez marchase a Camagüey a poner en pie de guerra la provincia, mientras Maceo abastionaba la insurrección en Oriente. Solo después de asegurar la retaguardia, habría llegado el momento de iniciar la marcha con el sol a la espalda.

Todo indica que, en la Mejorana, se discutió la salida de Martí del campo insurrecto. Maceo expuso que era imprescindible su presencia en el exterior, con vista al mejor aprovisionamiento de las fuerzas insurgentes, y para este fin ofreció que Joaquín Castillo Duany lo sacaría por el embarcadero de las minas de Juraguá. De ahí la alternativa expuesta por Maceo: "¿pero V. se queda conmigo o se va con Gómez?". Es decir, irse con él era marchar a las minas y salir, seguir con Gómez, pasar a Camagüey. Se afirma que el delegado solo aceptó su partida más adelante, y con una condición: abandonaría Cuba, una vez que hubiese presenciado uno o dos combates.<sup>159</sup> Otro testimonio, el de Ramón Garriga, asegura que el héroe adujo que no abandonaría la isla hasta que no se entrevistara con Masó y Salvador Cisneros Betancourt.<sup>160</sup>

Mientras marchaban, el Apóstol, con renglones torcidos y pequeñas arañas más que letras, garrapateaba sobre cualquier pedazo de papel que llevara en su bolsillo -la última carta de María

Mantilla o la envoltura de otra que Carmen Miyares había dirigido a su hijo Manuel-,<sup>161</sup> las palabras que a manera de recordatorio luego se transformarían en ideas un poco más elaboradas en su diario. En unas anotaciones que hizo en este, el día 14, cuando ya acampaba en los ranchos de Dos Ríos, se hace transparente el dilema que se le puso delante en la Mejorana en cuanto a la salida o no del campo de la insurrección y el papel que debía desempeñar en la revolución. Decía: "Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en que voy, impere acaso, por la desorganización e incomunicación que en mi aislamiento no puedo vencer, aunque, a campo libre, la revolución entraría, naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo".<sup>162</sup> No parece haber dudas de que reflexionaba sobre si debía salir del escenario de la lucha, y dejar que otros ocuparan la dirección de la república insurrecta mientras él quedaba de delegado en el exterior. Pero, seguramente, como valoraba que la salida no sería inmediata, calculaba que, mientras, muchas cosas podían pasar y mucha remoción de pareceres acontecer. Debe tomarse en cuenta que el día 9 había escrito a Carmen Miyares: "Hoy salimos con escasa escolta del campamento de Quintín Banderas. Y de Masó al Camagüey",<sup>163</sup> e insistiría en su diario, el día 12, desde La Jatía, cuando ya ha divisado el Contra maestre y dejado a su caballo abreviar en este: "Escribo al aire, al Camagüey, todas las cartas que va a llevar Calunga, diciendo lo visto, anunciado el viaje al Marqués, a Mola, a Montejo".<sup>164</sup>

De todos modos y de forma definitiva, la idea de que se formaría el gobierno de la república como había planeado, aunque mantenía la duda de si él no estaría en su seno, lo dejaría ver en su carta del 18, a Manuel Mercado, cuando le expresó: "...seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas (...) Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúpleme esto a mí, o a otros".<sup>165</sup>

Debe pensarse que seguía su táctica de siempre: la conciliación y la tolerancia entre los revolucionarios, para buscar la unidad. Pero eso no quiere decir que abandonara sus criterios medulares y, sí, por el contrario que esperara momentos propicios en que pudiera retornar a sus posiciones originales. Las cesiones, en cuestiones no esenciales, las que en la andadura podían ser corregidas, solo resultaban para él coyunturales, accidentes del camino.

A todas estas, aunque Martí, en la carta a Manuel Mercado, hablaba del plazo de unos dos meses para la constitución del "gobierno, útil y sencillo", como lo calificó,<sup>166</sup> en todos los medios, en la manigua y en los mandos españoles, se estimaba se produciría de inmediato. En una comunicación desde Manzanillo del general Lachambre a Martínez Campos, el día 5, el mismo de la reunión del ingenio Mejorana, el primero había comunicado a su jefe: "He recibido esta noche confidencia que parece segura, por una persona de representación é importancia que ha hablado ayer en Guá con Amador Guerra de que estaba este reuniendo cien hombres escogidos para concurrir en la jurisdicción de Bayamo á una reunión de fuerzas rebeldes con los Jefes principales de la insurrección entre los que figurarían Antonio Maceo y Máximo Gómez, al objeto de formar un Gobierno provisional".<sup>167</sup>

Quizá todo lo que se discutió en el ingenio, y muchas de las interrogantes que persisten pudieran haberse conocido o resuelto, si se hubiera podido tener acceso a las cuatro páginas que faltan en el diario de campaña de José Martí, que son las correspondientes al día siguiente de la entrevista. ¿Qué se decía en ellas? ¿Quién las arrancó? ¿Por qué? Ramón Garriga, quien fungía de ayudante de Martí, narra que había recibido de este el encargo de la custodia del diario. Lo llevaba en sus alforjas y, cuando el Apóstol se lo pedía, él se lo entregaba. Dice haber visto cuando testimonió lo sucedido en el viejo ingenio. Según afirma, al día siguiente de Dos Ríos él le entregó el manuscrito a Máximo Gómez sin que le faltara un pliego.<sup>168</sup> Gracias a que él lo custodiaba quedó en manos cubanas, y, de esa forma, la familia del generalísimo pudo donar el cuaderno a los cubanos cuando hizo entrega del archivo personal de Gómez.

Después de terminada la reunión del ingenio era tanta la fricción, que el general Maceo no hizo

invitó a su campamento a los otros dos dirigentes de la insurrección. El líder de la revolución y el veterano y recio jefe militar de la guerra, tuvieron que marchar hasta un rancho, donde pasaron la noche, protegidos por una veintena de soldados bisoños. Sin embargo, todo indica que en Maceo había más de exhabrupto, de enojo momentáneo, que de duradero rencor. El deshielo empezó al siguiente día, cuando el rumbo de de Martí y Gómez los condujo a atravesar el campamento del caudillo oriental. Entonces, como arrepentido, tartajeante por aquel defecto que, a veces, le enredaba las palabras, se disculpó ante sus compañeros del desaire de la tarde anterior. No hacía falta que lo hiciera: una vez más, por la causa, todo estaba perdonado de antemano. Eso sí, no sería fácil la recuperación de una confianza dañada por el incidente de la expedición de Costa Rica, a pesar de que los hechos habían demostrado que Martí, al tomar la decisión de ponerla en manos de Flor Crombet, había tenido toda la razón del mundo.

El día 7, el delegado y Gómez prosiguieron su camino hacia el Cauto y el Contramaestre, en busca de Masó y en ruta de aproximación a Camagüey, en lo que se volvía en realidad el viacrucis del héroe de Cuba. Llegaron a Hato Enmedio, el campamento de Quintín Bandera. Por el camino, Martí apreció una naturaleza que describiría con la fuerza fascinante de su visión poética, en uno de los más sugestivos y polícromos exponentes de la prosa lírica de nuestra lengua, la de su diario de campaña: "Damos de lleno en la sabana de Vio, concha verde, con el monte en torno, y palmeras en él, y en lo abierto un cayo u otro, como florones, o un espino solo, que da buena leña: las sendas negras van por la yerba verde, matizada de flor morada y blanca".<sup>169</sup>

Ahora, desde la tormentosa entrevista de la Mejorana, la amargura había vuelto a Martí. Ciertas anotaciones en aquel diario, permiten establecer su estado de ánimo y su pensamiento. El 9, escribió: "Me sorprende, aquí como en todas partes, el cariño que se nos muestra, y la unidad de alma, *a que no se permitirá condensación, y a la que se desconocerá, y de la que se prescindirá, con daño, o por lo menos el daño de demora, de la revolución, en su primer año de ímpetu.* El espíritu que sembré, es el que ha cundido, y el de la Isla, y con él, y guía conforme a él, triunfaríamos brevemente, y con mejor victoria, y para paz mejor. Preveo que, por cierto tiempo al menos, se divorciará a la fuerza a

la revolución de este espíritu, -se le privará del encanto y gusto, y poder de vencer de este consorcio natural,- se le robará el beneficio de esta conjunción entre la actividad de estas fuerzas revolucionarias y el espíritu que las anima".<sup>170</sup> Ese día, en que recibió en su campamento a José Miró Argenter, el catalán que so capa de autonomista había dirigido *La Doctrina*, de Holguín, y *El Liberal*, de Manzanillo, y ahora había tomado las armas contra España, también añadió una anécdota en torno a un incidente con Gómez, que evidenciaría haber sentido en carne viva: "*Presidente* me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez. -Y al acercarse hoy uno: *Presidente*, y sonreír yo: 'No me le digan a Martí Presidente: díganle General: él viene aquí como General: no me le digan Presidente'. '¿Y quién contiene el impulso de la gente, General?'; le dice Miró: 'eso les nace del corazón a todos'. 'Bueno: pero él no es Presidente todavía: es el Delegado'.- Callaba yo, y noté el embarazo y desagrado en todos, y en algunos como el agravio".<sup>171</sup>

A no dudar, la reacción de Gómez tenía que ver con los viejos roces de la Guerra de los Diez Años con Céspedes, y el cargo con que ahora se designaba a Martí no podía traerle sino antipatía y malos recuerdos. Mas, no se percataba de que inconscientemente hería la sensibilidad de su compañero. Al día siguiente, se repitió el pasaje y, luego de relatar en su diario otro incidente, esta vez entre el general y el coronel Francisco Blanco, *Bellito*, un jefe a quien el caudillo le había censurado permitir que sus oficiales dejaran pasar unas reses hacia zona enemiga, en virtud de una pretensa autorización del general Jesús Rabí (Martí y Gómez firmaron de inmediato una circular que prohibía ese tráfico), el Apóstol anotó nuevas aseveraciones del general en jefe al respecto del cargo otorgado por los combatientes y unas observaciones de Bellito, las cuales iban contra las formas de mando del general. Narró al respecto: "Y cuando Gómez dice: 'Pues lo tienen a usted bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo': y enseguida, 'porque yo no sé qué les pasa a los Ptes., que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco y Washington'. -Bello, animado, se levanta, y da dos o tres brincos, y el machete le baila a la cintura: 'Eso será a la voluntad del pueblo': y murmura: 'Porque nosotros, -me dijo otra vez, acodado a mi mesa con Pacheco,- hemos venido a la revolución para ser hombres, y no para que nadie nos ofenda

en la dignidad de hombre".<sup>172</sup>

Si estos pasajes y la controversia del Mejorana con el general Maceo pueden levantar en su detalle muchos juicios y apreciaciones, debe de afirmarse una verdad de conjunto. Subir lomas, como días antes había apuntado Martí, hermana hombres y estos hombres estaban escarpando una montaña desmesurada y tal esfuerzo siempre los volvería a hermanar, aunque nunca faltaran distintos criterios y puntos de vista, polémicas y debates. Ya se recordará la de Martí con Gómez en 1884 y la de Gómez y Maceo en 1886, por cuenta del fracaso del plan que estaban tratando de llevar adelante y, sin embargo, los tres estaban allí, en los campos de Cuba libre como integrantes del mismo partido y jefes de la misma causa. En ellos obraba una cuestión fundamental y trascendente que siempre los haría volver al encuentro: la necesidad de conquistar en una lucha fiera una patria, y este resultaba un objetivo tal que les hacía rebasar cualquier discrepancia, declinar orgullos y hacerse concesiones mutuas. Sobre todo, si se toma en cuenta el desprendimiento esencial, el desinterés sustancial que caracterizaba a cada uno de ellos, para quienes la causa que enarbolaban valía más que su propia vida. Y tampoco puede desconocerse que, uno a otro, se reconocían una hidalguía sin quebraduras. Cómo olvidar, por ejemplo, palabras como las de Martí, quien, el 26 de abril, desde el campamento de Yguanábana, en carta a Carmen Miyares, le fió: "He observado muy de cerca en él [Gómez] las dotes de prudencia, sufrimiento y magnanimidad".<sup>173</sup> ¿Y se puede echar a un lado que poco más de un año después, Gómez le confesaría a Fermín Valdés Domínguez: "Creo que Martí no tuvo más que dos amigos leales: Ud. y yo".<sup>174</sup> Para estos hombres, a la hora de Cuba no había telarañas que no pudieran apartarse, pruritos que impidieran darse el abrazo que significase la victoria. En eso residía su grandeza. De manifiesto quedaba su condición de seres de temperamento diferente, de visiones distintas, de experiencias disimiles, de sensibilidad peculiar. Eran caracteres indomables, recios, esforzados, y, si no hubiera sido así, no hubieran estado donde estaban ni hubieran podido dirigir a quienes dirigían. Después de todo, casi no se trataba de que ellos hubieran elegido la empresa emprendida, sino que la empresa los había elegido a ellos, porque dada su índole descomunal, ciclopea, para ella se necesitaba de leones, y los leones no acarician. Resultaban los tres, el fino, seductor y genial Martí; el vigoroso, enérgico y talentoso Maceo; el áspero, sagaz y empeñoso Gómez, hombres hechos para mandar y para dirigir, cada uno a su forma, y no para ser

mandados. Sus relaciones no podían ser, por tanto, fáciles y eso explica sus divergencias. Si ellos hubiesen sido de otra forma, posiblemente sus nombres nunca habrían pasado a la historia o habría sido a título de subalternos.

Al decir de Martí, a partir de la llegada, el día 12, a la región del encuentro del Cauto y el Contramaestre, después de una marcha en la que habían dejado atrás casi 384 kilómetros de camino, la intención sería esperar una semana la llegada del general Masó, al cual se le enviaron mensajes anunciando la presencia allí del Apóstol y el general Gómez y le pidieron se les reuniera. Martí pudo entonces recorrer la zona, y el coronel Bellito lo llevó a donde pudo divisar el punto donde el Contramaestre entrega sus aguas al Cauto. Por primera vez, después de cruzar el afluente, pisaría una zona cuyo solo nombre resulta estremecedor para los cubanos: Dos Ríos. Allí, en unos ranchos abandonados en tierras de los hermanos Pacheco, hicieron campamento. En este lugar, el 14, Martí redactaría una circular a los jefes y oficiales del ejército libertador en que trataba de moldear las ideas del empeño bélico cubano, con el fin de lograr la organización y uniformidad de la acción. En estas instrucciones se alertaba a los mandos que, ya pasados los primeros momentos naturalmente confusos del inicio de la guerra, se estaba permitiendo al enemigo que mejorara y preparara sus tropas y no se le habían cortado las fuentes de recursos y obligado, en consecuencia, a salir de las ciudades a la pelea para buscar provisiones, no se habían interrumpido todos los trabajos que podían aprovecharle o los que le pagaban contribución y, tampoco, se habían cortado las vías por donde transitaba y se comunicaba. Sentenciaba la circular: "La guerra tiene el deber de destruir todo lo que, de cualquier modo, ayude a mantenerse o defenderse al enemigo" y, a continuación, señalaba que debían impedirse los trabajos pacíficos de los cuales se aprovechara el enemigo, bien fuese por los tributos que le rindieran o la ganancia que proporcionase a quienes contribuyeran a sus fondos.

Un párrafo definía la concepción que animaba la instrucción: "La parte más decisiva de una guerra no está en las batallas, ni en los hechos de valor personal: sino en el sistema inexorable con que, de todas partes a la vez, se debilita y empobrece al contrario, se le quitan recursos y se le aumentan

obligaciones, se le obliga a pelear contra su plan y voluntad, y se le impide que reponga sus fuerzas. -Y en esas condiciones son más fáciles y útiles las batallas".<sup>175</sup>

Esta circular pareciese entrar en contradicción con lo encerrado en la de política de guerra que, el 28 de abril, Martí y Gómez habían firmado conjuntamente. En esta se postulaba que debían respetarse todas las propiedades que respetaran la revolución y, solo después de reiteradas advertencias, se destruirían las que sirvieran al enemigo. Ahora la orden de destrucción era más amplia. Es posible que ya se hubiese mudado de opinión y, sobre todo, se llegara a la conclusión de la necesidad de paralizar toda tarea que diera frutos al enemigo. Pero debe notarse que en la nueva disposición resultaba claro que si bien se hablaba de paralizar el trabajo pacífico, no se mencionaba, de forma expresa y en momento alguno, el que realmente por su peso no podía ser soslayado: la zafra azucarera. Por tanto, es muy posible que en la mente de Martí no estuviese resuelta la actitud a tomar sobre un tema vital: ¿se paralizaba la molido o se cobraban tributos de guerra y se dejaba moler?

Para entonces, el Maestro desconocía la gran victoria de Maceo, en Jobito, el 13 de mayo, adonde había derrotado a fuerzas del batallón de Simancas no. 64. Estas tropas se hallaban bajo el mando del teniente coronel Bosch, quien después de brava lucha cayó en combate. El enfrentamiento había comenzado a las 5:30 de la mañana y solo cesó casi 12 horas después, a las 5 de la tarde. Las fuerzas adversarias no fueron destruidas, porque, al final de la mañana, un refuerzo al mando del comandante Garrido con las escuadras de Guantánamo llegó al escenario de la lucha y los mambises, para no quedar encerrados entre dos fuegos, se vieron obligados a abrir el cerco. Por ahí pudieron retirarse las diezmadas tropas españolas.<sup>176</sup>

Entre lecturas, conversaciones en el vivac en que escuchaba anécdotas de veteranos sobre la Guerra de los Diez Años y redactar correspondencia y circulares, discurrieron los días en que Martí, en los ranchos de Dos Ríos, aguardaba a Masó. Hasta que por fin recibió un mensaje. El día 16, el viejo general manzanillero le escribió una nota: "C. Delegado//José Martí// Mi distinguido compatriota y amigo, sobre el caballo le pongo estas líneas. Mañana tendré el gusto de abrazarlo con toda la efusión de mi alma, su entusiasta admirador y amigo.// Bart. Masó".<sup>177</sup> Se aproximaba el día

postrero del Apóstol cubano.

## Notas

1. Dato en Rafael María Merchán: *Cuba; justificación de...*, ed. cit., p. 19, a partir del ofrecido por Eduardo Dolz en el Ateneo de Madrid en 1895.
2. *Ibíd.*, p. 139.
3. Emilio Roig de Leuchsenring: *Historia de la Enmienda Platt*, ed. cit., p. 338.
4. Luis Estévez Romero: *Desde el Zanjón...*, ed. cit., t. II, p. 205.
5. *La Lucha y El País*, ambos del 23 de agosto de 1895; *Boletín Comercial de La Habana*, 2 de septiembre de 1895.
6. Carlos Serrano: *Final del imperio...*, ed. cit., p. 154.
7. *Ibíd.*, pp. 159 y 160.
8. Rafael María Merchán, op. cit., p. 133.
9. My. René González Barrios: *La presencia internacional en la Guerra de 1895*. Ponencia al XIV Congreso Nacional de Historia.
10. Comité Estatal de Estadísticas: *Los censos de población y...*, ed. cit., t. I, vol. I, pp. 245 y ss.
11. Juan Pérez de la Riva: "Los recursos humanos al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad (1899-1906)", en *La república neocolonial*. Anuario de Estudios Cubanos, ed. cit., t. I, tabla 8.
12. Rafael María Merchán, op. cit., pp. 92 y 93.
13. *Civil Report of Major General John R. Brooke*, ed. cit., p. 311.
14. *Diario de la Marina*, 28 de febrero de 1895.
15. Juan Eslava Galán y Diego Rojano Ortega: *La España del 98*, Madrid, 1997, p. 177.
16. Carlos Serrano, op. cit., p. 219.
17. Rafael María Merchán, op. cit., p. 46.
18. Vidal Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires...*, ed. cit., t. III, p. 289.
19. Horatio Rubens: *Libertad...*, ed. cit., p. 86.
20. Enrique Collazo: *Los americanos en Cuba*, ed. cit., p. 132.

21. Gabriel Maura Gamazo: *Historia crítica del reinado de...*, ed. cit., t. I, p. 208.
22. *Apuntes del ex ministro duque de Tetuán para la defensa de la política internacional del gobierno liberal conservador, desde el 28 de marzo de 1895 á septiembre de 1897*, Madrid, 1902, t. I, p. 37.
23. "Del comandante general de Guantánamo al gobernador de Cuba", 18 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 711.
24. "Del capitán general Calleja a los gobernadores militares de provincia", 18 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 711.
25. "Del comandante militar de Manzanillo al gobernador militar de Cuba", 19 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 711.
26. Emilio Bacardí Moreau: *Crónicas de Santiago de Cuba*, Santiago de Cuba, 1924, tomo VIII, p. 49.
27. *Ibíd.*, p. 52.
28. "Del general Luque al capitán general Calleja", 14 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
29. "Del coronel Manuel Reyes al capitán general", 14 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
30. "Del general Luque al capitán general Calleja", 15 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
31. "Del general Lachambre al capitán general Calleja", 23 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
32. "Del comandante militar de Manzanillo al gobernador de Cuba", 21 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 711.
33. "Del comandante militar de Guantánamo al gobernador de Cuba", 21 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 711.
34. "Del general Garrich al general jefe de estado mayor", 23 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
35. "Del comandante militar de Guantánamo al gobernador de Cuba", 24 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 711.
36. José Miró Argenter: *Crónicas de la guerra*, ed. cit., p. 40.
37. "De Emilio Calleja al ministro de la Guerra", 27 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
38. Enrique Collazo: *Cuba independiente*, ed. cit., p. 57.

39. "De Manuel Lara al capitán general Calleja", 26 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
40. Puede verse al respecto, Andrés Núñez Lora: *El Grito de Baire y Saturnino Lora en la Guerra de 1895*, Santiago de Cuba, 1995.
41. Enrique Loynaz: *Memorias de la guerra*, ed. cit., p. 139.
42. "Del capitán general Calleja al ministro de la Guerra", 27 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
43. "Del capitán general Calleja al ministro de la Guerra", 27 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
44. "Bando del general Emilio Calleja e Isasi", 27 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
45. "Del general Lachambre al general Calleja", 2 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
46. "Del coronel subinspector Guillermo Tort al capitán general del distrito", 28 de febrero de 1895. A/SHM, Capitanía General de Cuba, caja 481.
47. "Bando del capitán general Emilio Calleja", 4 de marzo de 1895 y "Del capitán general Calleja al ministro de la Guerra", 7 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
48. "Del capitán general Calleja al ministro de la Guerra", 7 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
49. "Del alcalde de Holguín al gobernador general", 28 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
50. "Del general Calleja al ministro de la Guerra", 28 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
51. José Martí: *Obras completas*, ed. cit., t. III, p. 372.
52. "Del general Gasco al capitán general Calleja", 28 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
53. "Del general Calleja al ministro de la Guerra", 4 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
54. Enrique Loynaz, op. cit., p. 124.
55. José Miró Argenter, op. cit., p. 228.
56. Enrique Loynaz, op. cit., p. 137.

57. "A los españoles", 24 de febrero de 1894. A/SHM, Documentación sobre Cuba, caja 711.
58. "Bando del general Emilio Calleja e Isasi", 23 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
59. "Del general Calleja al gobernador civil de Santa Clara", 23 de febrero de 1895. AHN/U, leg. 4958, expte. 29.
60. "Telegrama cifrado del comandante militar de Remedios y respuesta del capitán general al gobernador militar de Santa Clara", 24 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
61. "Del general Calleja al ministro de la Guerra", 27 de febrero de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
62. Rafael Guerrero: *Crónica de la guerra de Cuba (1895)*. Barcelona, 1895, p. 78.
63. "Del cónsul Ramón O. Williams a la Secretaría de Estado", 25 de febrero de 1895. NA & RS, *microcopy* t. 20, roll 120.
64. "Del comandante de la guardia civil de Remedios a Mariano Artiz", 8 de mayo de 1895. A/SHM, Documentación sobre Cuba, caja 110.
65. "Del gobernador de la región central y de la provincia de Matanzas al ministro de Ultramar", 9 de julio de 1893. AHN/U, leg. 4873, sin número de expte.
66. "De Lachambre a Calleja", 8 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
67. Enrique Loynaz, op. cit., p. 146.
68. "De Calleja al ministro de la Guerra", 12 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
69. "De Calleja a Lachambre", 15 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
70. "De Calixto García a Gonzalo de Quesada", 10 de marzo de 1895. *Archivo de Gonzalo de Quesada. Epistolario*, ed. cit., t. I, pp. 170 y 171.
71. José Martí, op. cit., t. IV, p. 71.
72. *Ibíd.*, pp. 70 y 71.
73. "De Bartolomé Masó al Delegado de la Junta Revolucionaria", 28 de marzo de 1895. A/SHM, Documentación sobre Cuba, caja 118.
74. José Luciano Franco: *Antonio Maceo...* ed. cit., t. II, p. 92.
75. *Ibíd.*, p. 93.
76. José Antonio Portuondo: *El pensamiento vivo de Maceo*, ed. cit., p. 103.

77. "Del general Calleja al general Lachambre", 24 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
78. "Del general Lachambre al general Calleja", 29 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
79. "De Calleja al Comandante General de Cuba", 1ro. de abril de 1895. A/SHM, Fondo capitanía General de Cuba, caja 884.
80. "Del general Lachambre al general Calleja", 2 de abril de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
81. "Del general Calleja al ministro de la Guerra", 9 de abril de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
82. *Ibíd.*
83. "De Gasco al General en Jefe del 1er Distrito de operaciones", 4 de mayo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 717.
84. *Ibíd.*
85. "De Calleja al Comandante General de Cuba", 4 de abril de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
86. *Ibíd.*
87. "Del general Calleja al ministro de la Guerra", 4 de abril de 1895. A/SHM, Capitanía General de Cuba, caja 884.
88. José Martí, *op. cit.*, t. XIX, p. 215.
89. *Ibíd.*, t. IV, p. 64.
90. Fermín Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, ed. cit., t. I, p. 27.
91. *Ibíd.*, p. 82.
92. "De Gómez a Estrada Palma", 22 de agosto de 1895. ANC, Fondos del PRC, Delegación cubana en los Estados Unidos, caja 116.
93. José Martí, *op. cit.*, t. IV, p. 110.
94. *Ibíd.*, pp. 86 y 87.
95. *Ibíd.*, pp. 110 y 111.
96. José Antonio Portuondo, *op. cit.*, p. 94.
97. *Ibíd.*, p. 73.

98. *Ibíd.*, p. 121.
99. *Ibíd.*, pp. 93 y ss.
100. "De Ana Betancourt a Gonzalo de Quesada". *Archivo de Gonzalo de Quesada. Epistolario*, ed. cit., p. 44.
101. Citado por Gabriel Maura Gamazo, op. cit., t. I, p. 209.
102. *Ibíd.*
103. Jesús Pabón: *Días de ayer*, ed. cit., p. 144.
104. Gabriel Maura Gamazo, op. cit., t. I, p. 219.
105. Elena Hernández Sandoica y María Fernanda Mancebo: "Financiamiento de una guerra colonial (Cuba: 1895-1898) y opinión pública en la España del siglo XIX", en *Estudios dedicados a Juan Peset Alexandre*, Valencia, 1982, t. II, p. 383.
106. Rafael María Merchán, op. cit., pp. 56 y 57.
107. Elena Hernández Sandoica y María Fernanda Mancebo, op. cit., p. 383.
108. *Ibíd.*, p. 385.
109. Luis Estévez Romero, op. cit., t. II, p. 202.
110. José Martí, op. cit., t. IV, p. 73.
111. Enrique Collazo: *Cuba independiente*, ed. cit., pp. 82 y ss.
112. José Miró Argenter, op. cit., p. 284.
113. "Del ministro de la Guerra al general Calleja", 13 de marzo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 884.
114. "Ministerio de Guerra. Cuadro del personal enviado a Cuba y Puerto Rico con motivo de la campaña en la Gran Antilla en las fechas que se expresan, 1895". AGP, caja 12 816, expte. 3.
115. Carlos Serrano, op. cit., p. 24.
116. Ramiro Guerra y otros: *Historia de la nación cubana*, ed. cit., t. VI, p. 102.
117. José Martí, op. cit., t. IV, p. 124.
118. *Ibíd.*, pp. 130 y 131.
119. Emilio Bacardí: *Crónicas de Santiago de Cuba*, Tipografía de Arroyo y Hermanos, Santiago de Cuba, 1924, t. VIII, p. 95.

120. "De Calixto García a Gonzalo de Quesada", Madrid, 20 de abril de 1895. *Archivo de Gonzalo de Quesada. Epistolario*, La Habana, 1953, t. I, pp. 171 y 172.
121. José Martí, op. cit., t. IV, p. 127.
122. Emilio Roig de Leuchsenring: *La guerra libertadora cubana de los treinta años*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana, 1952, p. 138.
123. "Telegrama del gobernador general al ministro de Ultramar", 16 de abril de 1895. Archivo Histórico Nacional/Ultramar, España (en lo adelante AHN/U), leg. 4939, expte. 26.
124. José Martí, op. cit., t. XIX, p. 217.
125. "Del general Garrich al comandante general de Santiago de Cuba", 16 de abril de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 887.
126. "Del capitán general de la isla al ministro de la Guerra", 20 de abril de 1895. A/SHM, Capitanía General de Cuba, caja 884.
127. Gabriel Maura Gamazo: *Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su minoridad bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria*. Montaner y Simón, Editores, Barcelona, t. I, 1919, p. 224.
128. "De Arsenio Martínez Campos al ministro de la Guerra", 16 de noviembre de 1897. A/SHM, Documentación sobre cuba, caja 118.
129. "Instrucción General del día 16 de Abril de 1895, en Guantánamo, para la campaña". A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 710.
130. "De Martínez Campos a Capitán General", 17 de abril de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 887,
131. "Del general jefe de la 2ª Brigada de la 1ª División al general jefe de la 1ª División", 25 de abril de 1895. AC/IHCM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 713.
132. Abelardo Padrón: *El general José: apuntes biográficos*. Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1973, pp. 91 y 92.
133. "Real Orden de 19 de Mayo de 1895". A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 887.
134. José Martí, op. cit., p. 223.
135. *Ibíd.*, t. XIX, pp. 223 y 224.
136. *Ibíd.*, t. IV, p. 135 y ss.
137. *Ibíd.*, p. 143.
138. Telegrama cifrado del alcalde de Sancti Spíritus, Marcos García, al gobierno general", 24 de abril de 1895 y "De

- Martínez Campos al ministro de la Guerra", 30 de abril de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 887.
139. José Martí, op. cit., t. IV, pp. 134 y 135.
140. *Ibíd.*, pp. 137 y 138.
141. *Ibíd.*, t. III, p. 426.
142. *Ibíd.*, t. IV, pp. 140 y 141.
143. *Ibíd.*, pp. 151 y ss.
144. *Ibíd.*, p. 161.
145. *Ibíd.*, pp. 161 y 162.
146. Benigno Souza: *Máximo Gómez; el generalísimo*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 137.
147. "De Gasco al General en Jefe del 1er Distrito de Operaciones", 2 de mayo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 717.
148. "De Gasco al General Jefe del 1er Distrito de Operaciones", 4 de mayo de 1895, doc. cit.
149. José Martí, op. cit., t. III, p. 450.
150. "Traducción al telegrama cifrado no. 1 del Cristo, depositado el 1ro de mayo de 1895 á las 10'50 de la mañana y recibido á las 11'50 de la mañana" y "De Placido Infante, Ten Comte. destacamento de Dos Caminos al Cmte. Gral. 1ra. División", 2 de mayo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 717.
151. "Del Comandante de Armas de San Luis al Comandante General de la 1ra División". A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 717.
152. *Diario de la Marina*, 22 de febrero de 1948.
153. *Ibíd.*
154. José Martí, op. cit., pp. 228 y 229.
155. *Ibíd.*, t. IV, pp. 169 y 170.
156. Benigno Souza, op. cit., p. 140.
157. A los ciudadanos Delegado y General en Gefe del Jefe de Operaciones José Maceo, 3 de mayo de 1895. A/SHM, Fondo Documentación sobre Cuba, caja 118.
158. José Martí, op. cit., t. IV, pp. 143 y 144.
159. Horatio S. Rubens: *Libertad; Cuba y su apóstol*, La Rosa Blanca, La Habana, 1956, p. 63; Enrique Collazo: *Cuba*

*independiente*, ed. cit., p. 79.

160. *Ibíd.*

161. Cartas y otros documentos que, evidentemente, el Apóstol llevaba sobre si en el momento de su caída y hallados en el registro sobre su cadáver de Martí. Se encuentran en el A/SHM, Fondos Documentación sobre Cuba, caja 118. Están publicados en Rolando Rodríguez: *José Martí; los documentos de Dos Ríos*, Editorial Sed de Belleza, Santa Clara, 2001.

162. José Martí, op. cit., t. XIX, p. 240.

163. *Ibíd.*, t. XX, p. 230.

164. *Ibíd.*, t. XIX, p. 239.

165. *Ibíd.*, t. IV, pp. 169 y 170.

166. *Ibíd.*, p. 169.

167. "De Lachambre al Capitán General", 5 de mayo de 1895. A/SHM, Fondo Capitanía General de Cuba, caja 887.

168. *Diario de la Marina*, 22 de febrero de 1948.

169. José Martí, op. cit., t. XIX, p. 230.

170. *Ibíd.*, t. XIX, p. 236.

171. *Ibíd.*, pp. 236 y 237.

172. *Ibíd.*, p. 238.

173. *Ibíd.*, t. XX, p. 226.

174. Fermín Valdés Domínguez, op. cit., t. II, p. 26.

175. "Circular de José Martí a los jefes y oficiales del Ejército Libertador [Inédita]." *Anuario de Estudios Martianos*, no. 3, La Habana, 1970, pp. 128 y ss.

176. Rafael Guerrero: *Crónica de la guerra de Cuba*. Librería Editorial de M. Maucci, Barcelona, 1895, t. I, pp. 106 y ss.

177. *Destinatario José Martí*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual. La Habana, 1999, p. 356.